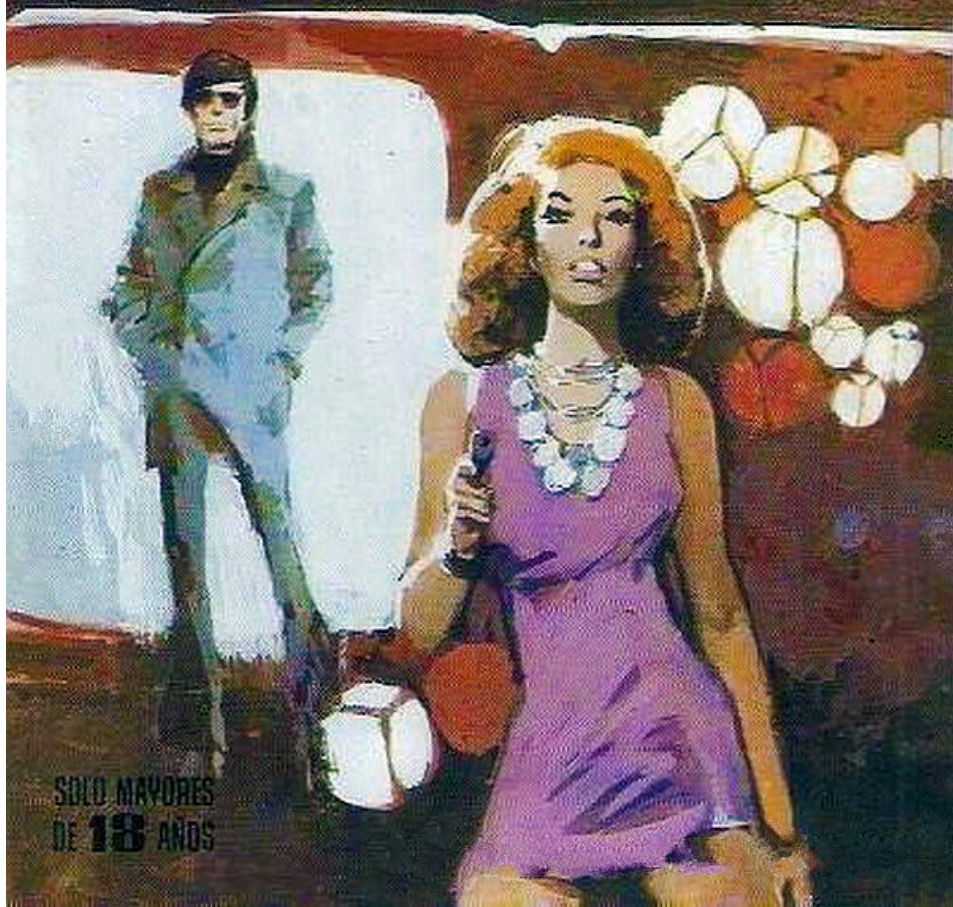


SERVICIO
SECRETO

Ss

REGALO DE BODAS

*Clark
Carrados*



Las mujeres, que eran todas jóvenes y ninguna fea, aunque había distintos grados de belleza entre ellas, lógicamente, parecían muy contentas y parloteaban sin cesar, mientras contemplaban los regalos de boda que había recibido la que se iba a casar muy pronto.

Reinaba una gran animación en el grupo. Una doncella iba y venía sirviendo el té de la tarde. La novia era una joven de poco más de veinticuatro años, alta, bien formada y con una preciosa cabellera dorada, que caía en largas ondas sobre sus hombros. La gente solía decir que había pocos ojos azules tan bonitos como los de Carolyn Hutton. También se hablaba mucho de su fortuna.



Clark Carrados

Regalo de bodas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1598

ePub r1.0

Lds 03.02.19

Título original: *Regalo de bodas*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Las mujeres, que eran todas jóvenes y ninguna fea, aunque había distintos grados de belleza entre ellas, lógicamente, parecían muy contentas y parloteaban sin cesar, mientras contemplaban los regalos de boda que había recibido la que se iba a casar muy pronto.

Reinaba una gran animación en el grupo. Una doncella iba y venía sirviendo el té de la tarde. La novia era una joven de poco más de veinticuatro años, alta, bien formada y con una preciosa cabellera dorada, que caía en largas ondas sobre sus hombros. La gente solía decir que había pocos ojos azules tan bonitos como los de Carolyn Hutton. También se hablaba mucho de su fortuna.

Y, ¿cómo no?, el futuro esposo de Carolyn era mencionado casi constantemente por las invitadas a aquella fiesta, una especie de despedida de soltera.

—Te envidio, francamente —dijo una de las muchachas.

—Es un sol —añadió otra.

—Un tipazo —calificó una tercera.

Otra, más franca, exclamó:

—Me gustaría pillarlo en un callejón sin salida y por la noche.

Me lo iba a comer vivo.

Algunas otras, sin embargo, no parecían sentirse tan optimistas.

—Al fin lo ha conseguido.

—Claro, es lo que siempre buscó él: una mujer guapa y con «pasta».

—Veremos cómo funciona a partir de ahora. ¿Sabrá conformarse con una sola, después de casado?

—Como no lo ate corto, Carolyn va a tener más de un disgusto.

—Es un

play-boy

empedernido. Esos tipos no cambian jamás.

—¿Habrán hecho contrato matrimonial? Porque, de lo contrario. Carolyn podría llevarse un disgusto más adelante.

—¡Ya salió la abogada! ¿Lo harías tú, si fueras a casarte?

—No tengo tanto dinero como para una cosa semejante, pero tampoco está de más.

Sobre todo, con un tipa cómo el novio.

—Oíd, chicas, ¿habéis visto a Rosamunda Halley?

—¿La doctora? ¡Qué cosas tienes, Penny! ¿Cómo se te ha podido ocurrir que Rosamunda podría haber asistido a esta fiesta?

—Bueno, eran muy amigas...

—Tú lo has dicho: «eran» amigas, pero como Carolyn le quitó el, novio, están que no se pueden ver.

—Será Rosamunda, en todo caso, la que no pueda ver a Carolyn.

—Lo mismo da. A fin de cuentas...

—Chicas, pues si queréis que diga la verdad, casi envidio a Rosamunda. Yo no me fiaría un pelo del novio.

—Porque no té dijo «qué bonitos ojos tienes». De lo contrario, hubiéramos visto...

April Westbury escuchaba, callaba y sonreía. En cierto modo, era una conversación bastante divertida.

Era muy amiga de la novia, aunque no tanto de fiestas, pero, dada la ocasión, había creído prudente aceptar la invitación de Carolyn. El motivo, a fin de cuentas, justificaba su presencia en la lujosa residencia de su amiga.

April conocía al novio. Carolyn se lo había presentado y se habían encontrado en varias ocasiones. Era un hombre guapo, todo había que decirlo, de unos treinta y seis años, apuesto, distinguido, ameno conversador... y sin un centavo.

Claro que April no daba demasiada importancia al dinero. En cambio, la concedía a otros aspectos que estimaba fundamentales: amor, amistad, lealtad... El novio, a decir verdad, no era persona que le inspirase demasiada confianza. Demasiados amoríos, demasiada fama de conquistador... Pero también podía suceder que cambiase después del matrimonio.

En cuanto a la incomparecencia de la doctora Halley parecía más que justificada.

Algunos de los comentarios eran ciertos; realmente, se podía afirmar que Carolyn había maniobrado hasta conseguir apartar a su futuro esposo de la doctora. El matrimonio de Rosamunda y el *play-boy*

se había dado por hecho, hasta que apareció ella.

«Pero eso son cosas que pasan», pensó, mientras tomaba pensativamente unos sorbos de té.

De pronto, llamaron a la puerta. Una, doncella acudió a abrir y se hizo cargo de un paquete destinado, a la dueña de la casa. Era una caja cuadrada, de cartón, que medía unos cuarenta centímetros de lado, muy bien envuelta en papel de colores y atada con una enorme cima escarlata.

—¡Otro regalo, otro regalo! —gritaron algunas.

—¡Vamos a verlo, Carolyn!

—Ábrelo, pronto; me muero de ganas de ver lo que hay dentro.

Carolyn se sentía enormemente feliz. Rodeada, por sus amigas, soltó el lazo, rasgó el papel y levantó la tapa de la caja de cartón.

Estalló un horripilante alarido.

Luego se produjo confusión de gritos, chillidos y, voces de todas clases. Una de las chicas se desmayó. Dos vomitaron allí mismo, sobre la alfombra. April, atraída, por la curiosidad, se acercó a la caja.

Sintió un mareo que la hizo agarrarse a la mesa con ambas manos. Porque allí, en el interior de aquella caja, sobre un gran plato circular de metal plateado, estaba la cabeza de Gary Wells-Carslake, el hombre con quien pensaba casarse la anfitriona.

* * *

Darryl Finney llegó a su casa, atravesó el jardín con el coche y dejó éste en el garaje.

Luego, haciendo saltar las llaves en la palma en la palma de la mano, se dispuso a entrar en el edificio.

Una mujer de cierta edad salía en aquellos momentos, con el bolso colgado del brazo izquierdo y poniéndose los guantes.

—Hola, señor Finney —saludó la mujer—. Ya he terminado; todo está en orden.

—Perfectamente, Millie. ¿Alguna novedad durante mi ausencia?

—Oh, sí, ha llamado una tal April Westbury. Dice que va a venir a verle.

—Si tiene algo que encargarme, pierde el tiempo; ahora estoy muy ocupado con otro caso. Lo siento, pero gracias, Millie. Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor... Ah, lo olvidaba; le han traído un paquete. Lo tiene en el salón.

No quisieron decir quién lo enviaba...

—Bueno, quizá haya una nota en el interior.

Finney entró en la casa. El paquete estaba bien a la vista. Era una caja que medía casi un metro de lado, por otro tanto de ancho y unos setenta centímetros de altura.

Encima de la caja había una etiqueta, con el nombre de la agencia de transportes.

Finney se quitó la chaqueta, aflojó el nudo de la corbata y emprendió a deshacer y a romper el papel que envolvía una caja de buenas dimensiones.

La tapa quedó al descubierto. Estaba sujeta por una ancha tira de papel engomado.

Finney sacó una navajita y lo cortó longitudinalmente, por su centro.

La tapa de la caja se abría en dos mitades. Una de ellas empezó a levantarse.

Algo presionó hacia arriba, a la vez que se escuchaba un pronunciado siseo. Finney sintió pánico.

—Maldición, me han enviado una bomba...

Agarró la caja y corrió hacia una de las ventanas, que estaba abierta y era suficiente para que pudiera pasar sin dificultad. La caja cayó al jardín.

Entonces ocurrió algo increíble.

Una cosa de color rosa salió con enorme rapidez de la caja y ascendió a la vez que tomaba altura. Finney se quedó con la boca abierta.

—Dios mío, pero si es...

De repente, rompió en una estruendosa risotada.

Salió al jardín. Desde la puerta, contempló el elefante de tamaño casi natural, que se mantenía en el aire, balanceándose lentamente y sujeto por una fina cuerda a la caja. El elefante quedaba a unos

cinco o seis metros del suelo y tenía una divertida mueca humorística en sus facciones. Además, era de color rosa.

—Increíble, increíble...

La botella de gas más ligero que el aire, por lo cual el elefante flotaba en el aire, estaba en el fondo de la caja. Era de apertura automática y, seguramente, había un mecanismo en la caja que accionaba la válvula al levantar la tapa.

De pronto, oyó el teléfono y corrió al interior. Una voz femenina sonó muy pronto en sus oídos.

—¿Lo has recibido, cariño? —dijo la mujer.

—Ah, has sido tú...

—Claro, tonto. Es mi regalo de cumpleaños. ¿Te ha gustado?

—Es precioso. Pero ¿cómo se te ocurrió?

—Tenía que regalarte algo que saliera de lo corriente. Vi el elefante rosa, me explicaron cómo funcionaba y ordené que te lo enviaran a tu casa. Amorcito, ven a darme las gracias esta noche —pidió ella mimosamente.

—O. K., dulzura.

Finney colgó el teléfono. Volvió a salir al jardín. El elefante continuaba bamboleándose en el aire, sujeto al ancla que era la botella de gas.

—Tendré que averiguar cómo se deshinchas —dijo—. No voy a tenerlo todo la vida al aire libre...

Con el rabillo del ojo, vio a una muchacha que se acercaba a él. La recién llegada estaba atónita ante aquel inesperado espectáculo.

—Cielos —dijo—. Un elefante rosa y, además, vuela.

—Siempre me han gustado los elefantes de color rosa que vuelan —contestó Finney—. ¿En qué puedo servirle, señorita?

—Deseo hablar con usted, si se llama Finney.

—Desde que nací —respondió él.

—Soy April Westbury. —Ella le tendió una mano con gesto espontáneo—. Si me permite explicarle los motivos que me han traído hasta su casa...

—Se lo permito, pero le advierto de antemano que estoy ocupado en otro caso y que podré hacerme cargo del suyo, hasta tanto no haya terminado con el que tengo entre manos. De todos modos, entre, por favor.

—Gracias. Quizá cuando se lo explique cambie de parecer.

—Lo dudo, aunque no podría asegurar nada en contra —sonrió Finney.

En el jardín contiguo, la señora Mortimer, muy amiga de meter las narices en la intimidad de los vecinos, contemplaba boquiabierta al elefante que flotaba en el aire, a menos de cincuenta pasos.

Su esposo dormitaba plácidamente en una hamaca, a la sombra de un árbol. La señora Mortimer le tocó el hombro.

—Cass, estoy viendo un elefante rosa que vuela —dijo.

—Estás borracha —contestó el señor Mortimer sin pizca de amabilidad.

—Que no, Cass, que es cierto. Lo estoy viendo...

—Tráeme el teléfono, Betty; voy a llamar al manicomio.

Furiosa, la señora Mortimer volcó la hamaca. El señor Mortimer rodó por el suelo.

—¡Mira el elefante, imbécil! —gritó ella.

El señor Mortimer se levantó, entró en la casa, cogió su rifle de caza, lo cargó y volvió al jardín. Tomó puntería y apretó el gatillo.

—Ya no hay elefantes rosas volando —dijo.

Tiró el rifle a un lado, arregló la hamaca y se volvió a lumbar para continuar la siesta interrumpida tan poco agradablemente.

Finney estaba sirviendo un refresco a su invitada, cuando, de repente, sonó un tremendo estampido en el exterior.

—Oh, no, el elefante ha explotado —se lamentó, mientras veía caer los jirones de tejido, flácidos ya por falta de la tensión suficiente.

April se acercó a la ventana.

—Es una lástima —dijo—. Era un elefante tan bonito...

—Quizá la goma tenía algún defecto y no ha podido resistir la presión —opinó Finney—. Bien, resignémonos a lo inevitable y... ¿De qué se trata, señorita Westbury?

—De la cabeza de un hombre —contestó la muchacha—. Era una cabeza artificial, aunque de momento, a todos nos pareció que era auténtica. Estaba hecha con un realismo asombroso. Hubo desmayos, vomitonas, aunque esté mal el decirlo... Pero luego vimos que se trataba de una broma, no tan divertida como la del elefante, por supuesto.

Pero el caso es que, a partir de aquel día, ya no han vuelto a tener noticias del modelo de la cabeza.

De pronto, algo entró por la ventana. April sintió un tirón en el bolso que tenía en la mano. El vaso que estaba sobre la mesa, voló por los aires en mil pedazos.

Finney reaccionó fulgurantemente. Agarró a la muchacha por los hombros y la arrojó sobre el diván. El se puso encima, ante el asombro y la indignación de April, que se sabía muy atractiva, pero que jamás había despertado una pasión tan súbita en un hombre.

—¿Quiere dejar de confundirme con un colchón? —gritó.

—¡Cállese! —ordenó él de mal talante—. La cabeza que ha mencionado usted podría ser artificial, pero ellos quieren la mía auténticamente.

CAPÍTULO II

April miró atónita al hombre que tenía sobre ella. De pronto, oyó dos chasquidos. Un jarrón resultó hecho pedazos.

—Disparan con fusil, provisto de silenciador —dijo él.

—Dios mío, ¿adónde he venido a parar? —exclamó la muchacha.

—A mi casa, señorita Westbury, y hay ocasiones en que no es un lugar recomendable.

El bolso de April estaba en el suelo. Finney lo reconoció, alargando un brazo, y se lo enseñó, sin cambiar de postura.

—La bala le pasó cerca —dijo.

Los ojos de April se dilataron enormemente al ver el bolso atravesado por el proyectil.

De pronto, sonó el teléfono y Finney rodó del diván al suelo, para arrastrarse hasta la mesa y agarrarlo con la mano estirada.

—Finney —dijo.

—Esto ha sido solamente un aviso para que saque su apestosa nariz del asunto que no le importa en absoluto. La próxima vez, tiraremos al bulto, ¿entendido?

Finney oyó el chasquido que anunciaba el final de la comunicación. Dejó el teléfono en su sitio, dio media vuelta y se sentó en el suelo.

—Me han dicho que era sólo un aviso y que a la próxima tirarán al cuerpo —declaró.

April, aún tumbada en el diván, volvió la cabeza para mirarle, llena de asombro.

—Quieren asesinarle —exclamó.

—Así es, pero no se preocupe; tengo el pellejo muy duro. Siento lo de su bolso, señorita Westbury. Son inconvenientes de venir a

visitar a un tipo de mi especie.

—No se preocupe... Lo único que siento es que no pueda encargarse de mi asunto...

—Ah, la cabeza de guardarropía —recordó él de pronto. Se echó a reír—. Menuda broma —añadió.

—El susto que nos llevamos fue de los gordos —contestó April—. ¿Puedo sentarme?

—Claro. Y le daré una copa, para que se reanime. Sinceramente, también yo la necesito.

Finney preparó las bebidas. Tomó un par de tragos y luego empezó a recoger los fragmentos de cristal y de cerámica, esparcidos por las balas.

—No era un Ming, pero sí un jarrón chino auténtico y muy hermoso —se lamentó—. ¿Dijo que el dueño de la cabeza ha desaparecido?

—Así es. La boda tenía que haberse celebrado hace una semana. La cabeza fue enviada hace tres. Desde aquel día, no hemos vuelto a tener noticias del novio.

—¿Y usted quiere que yo lo busque?

—Me gustaría... Carolyn, mi amiga, está completamente desmoralizada. Es una chica estupenda, pero no tiene demasiado espíritu...

Finney se sentó en un sillón, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y movió la mano.

—Adelante —invitó—. Me fascina el caso de la cabeza del novio como regalo de bodas.

* * *

La mujer era alta, opulenta, de formas sensuales, cubiertas por metros y metros de ligerísimo tejido de color fucsia. Finney aceptó la copa que ella le tendía, en el lujoso salón de la residencia. Bebió un poco y la miró sonriendo.

—Fue un regalo maravilloso —dijo.

—¿Verdad que sí? —rió ella—. Todo me parecía muy visto, carente de originalidad... y también tienes de todo. No me pareció adecuado un reloj de oro o una cadena de platino o un nuevo coche...

—No te lo hubiera aceptado, Minerva. El elefante fue un detalle insuperable. Lástima que reventase tan pronto. No estaba muy bien fabricado y resistió poco a la presión del gas.

—Lo siento, queridito —dijo la mujer—. Darryl, he preparado una cena fría y estamos solos. La servidumbre tiene fiesta. Nosotros también tendremos una. Vamos a celebrar, no sólo tu cumpleaños, sino también el último éxito del más famoso detective de estos tiempos.

—Exageras, Minerva —contestó él—. He tenido un poco de suerte, eso es todo. Y, de todas formas, hoy me han enviado un aviso con tres disparos de rifle.

Minerva Beurling le miró con temor.

—¿Es cierto?

—Como lo oyes. Parece ser que hay alguien interesado en que olvide el caso Braffax.

—Sigues con el asunto, ¿eh?

—Así es, encanto —contestó Finney—. Sigo y seguiré hasta el final.

—Barthley Braffax es un sujeto muy escurridizo, Darryl —advirtió ella.

—No hay sujeto escurridizo que no acabe cometiendo un error.

—Hasta ahora, Braffax no ha cometido ninguno.

—Ya caerá. Y no me asustan sus matones.

—Es un hombre muy peligroso.

—¿Crees que no lo sé?

—A veces pienso que eres un poco chiflado. En esta ocasión, me parece, nadie te encargó nada sobre Braffax.

Finney apuró su bebida.

—Yo tenía una colaboradora, Edna Carrington. Era muy eficiente, astuta, inteligente, con capacidad para los disfraces. Los hombres de Braffax la tendieron una trampa. Ya no he vuelto a ver a Edna.

—Y quieres vengarla —adivinó Minerva.

—Quiero que mis colaboradores sepan que jamás los abandono, que no permitiré que ninguno de ellos sufra el menor daño, sin que el autor lo pague. Eso es todo.

—Comprendo. ¿Qué tal era Edna? Quiero decir, si era guapa...

—La belleza no tiene nada que ver en este caso. Ciertamente, no

era fea..., pero lo que importa es que se trata de una persona honesta y decente cosa que no se puede decir en absoluto de Braffax y su banda.

—Su «muy» numerosa banda —añadió Minerva.

—No importa. Como dijo aquél, cuantos más seamos, más nos divertiremos.

—Quizá —rió ella—. Darryl, ¿me permites una sugerencia?

—Claro, preciosidad.

—Cuando tengas tiempo, ve a ver a Pete Kenoe. Es el dueño del Flyng Cow-boy.

Dile que vas de mi parte. Conseguirás informes.

—Lo tendré presente. —Finney la miró de soslayo—. Seguramente, de Kenoe sacas muchos de tus chismorreos, que luego publicas en...

—¡Chitón! —dijo ella—. Tengo que guardar el secreto profesional, Darryl.

—Comprendo. A propósito, voy a hacerte una pregunta.

—¿Sí, cariño?

—¿Qué sabes de Gary Wells-Carslake?

—¿El prometido de Carolyn Hutton?

—Sí, el mismo.

—Lo que sé de él, podría llenar dos gruesos volúmenes, Darryl.

—Muy bien, luego me darás detalles. Ahora... Permíteme un momento.

Finney se acercó a una de las ventanas cautelosamente. Movié un poco los visillos y lanzó una mirada a la calle.

—Ahí está ese bastardo —dijo.

—¿Quién? —preguntó Minerva.

—Uno de los hombres de Braffax. Vi ese coche que me seguía cuando venía a tu casa y pensé que podría tratarse de una coincidencia, pero veo que me he equivocado. Braffax quiere saber todos mis pasos.

—¿Piensas hacer algo, Darryl?

Finney meditó un instante. De pronto, se separó de la ventana, fue al teléfono y marcó un número.

—Enano, ¿eres tú? —dijo a poco—. Te necesito. Ven en seguida; estoy en casa de Minerva Beurling... Escucha, frente a la casa hay

un coche oscuro, del año pasado, ocupado por un solo tipo. ¿Quiere aplicarle el plan «Tortuga»? De acuerdo, gracias. No tardes, Enano.

Minerva se sentía muy intrigada.

—¿Qué demonios es el plan «Tortuga»? —preguntó, cuando su huésped hubo colgado el teléfono.

—Ten un poco de paciencia —sonrió Finney—. Lo verás tú misma dentro de quince o veinte minutos.

Al cabo de ese tiempo, vieron llegar a un hombre, que caminaba apaciblemente por la acera. Minerva se sintió atónita.

—¿Ése es... el Enano?

El hombre medía por lo menos dos metros diez y pesaba ciento veinte kilos. Era un verdadero Hércules, se dijo la anfitriona.

Desde la ventana, le vieron llegar junto al coche sospechoso. De pronto, el Enano se inclinó, agarró con ambas manos el borde inferior del automóvil y, sin aparente esfuerzo, le dio la vuelta, dejándolo con las ruedas arriba. Luego, antes de que su aturdido ocupante pudiera reaccionar, se marchó con paso rápido y desapareció en la próxima esquina.

Minerva se había quedado sin aliento.

—Conque ése es el plan «Tortuga» —dijo.

—Sí. Si se quiere cazar a una tortuga gigante, es preciso darle la vuelta. Entonces, ya no puede huir y...

Minerva rió estridentemente. El ocupante del coche salía a gatas por una de las ventanillas. De pronto, la mujer se colgó del brazo de Finney.

—Anda, cariño, vamos a cenar.

Finney le puso las manos en la cintura.

—¡Al diablo la cena! —exclamó.

Mucho más tarde, conversaron largamente. Luego, vencidos por el sueño, se durmieron.

Pero, a la madrugada, Finney despertó súbitamente, a la vez que lanzaba un fuerte grito:

—¡Minerva!

Ella se sentó en la cama, asustada.

—¿Qué sucede, Darryl? ¿Quién nos ataca? —preguntó.

—Nadie, encanto. Es que acabo de recordar algo sobre Wells-Carslake y Braffax.

Repítemelo, ¿quieres?

Minerva hizo un gesto de hastío.

—¿A estas horas?

Finney se inclinó y la besó.

—Todas las horas son buenas para el amor y las confidencias —
contestó.

* * *

Aquella misma mañana, Finney hizo una llamada telefónica desde su casa.

—Señorita Westbury, me gustaría indicase el lugar donde debo pasar a recogerla. Deseo me acompañe a la residencia de su amiga Carolyn Hutton.

—¿Sucedre algo importante, señor Finney? —preguntó April.

—He recibido cierta información confidencial, pero deseo confirmar algunos extremos y sólo su amiga puede hacerlo.

—Entiendo. Bien, venga a recogerme al ocho mil doscientos, once de Grandvista Place.

Tardará aproximadamente media hora. Yo estaré en la puerta, aguardándolo.

—De acuerdo.

Finney dejó el teléfono y se encaminó hacia la puerta. Treinta minutos más tarde, efectivamente, vio a la muchacha.

Era encantadora, apreció. April tenía el pelo castaño, corto, y vestía una chaquetilla y pantalones de tela ligera, de color azul fuerte. Pendiente del hombro llevaba un bolso de cuero negro.

Finney abrió la puerta de su «Mercedes» descapotable y April se sentó a su lado.

—La profesión es rentable —observó, sonriendo.

—Primero, suelo resolver todos los casos que me encomiendan. Segundo, cobro elevadas minutas siempre al terminar un caso a satisfacción del cliente. Tercero, el cliente, cuando me contrata, sabe que habrá de pagar mis servicios.

—Aún no me ha dicho cuáles serán sus honorarios.

—Puede que nada, o puede que diez mil dólares. Aunque me imagino que Carolyn abonará la minuta.

—Diez mil... Es una cifra disparatada...

—He dicho que nada o diez mil. Puede ser que el asunto no

tenga relación con el otro que tengo entre manos y entonces sí cobraré esa suma. Pero si están relacionados, trabajaré gratuitamente.

—¿Por qué, señor Finney?

—Tengo colaboradores, no vaya a creer que soy un lobo solitario. Uno de ellos ha desaparecido y sospecho que está muerto.

—Oh... Su profesión es muy peligrosa...

—Sólo en algunos casos, menos de los que usted podría creer. Bien, ¿le dirá a su amiga que conteste a mis preguntas? Es absolutamente necesario, si queremos solucionar el asunto con éxito.

—Sí, se lo diré, claro está —contestó April.

—¿Sigue sin noticias de Gary?

—Como si se lo hubiera tragado la tierra, señor Finney.

El detective meneó la cabeza.

—Quizá sea eso lo que le ha sucedido —dijo con acento lleno de pesimismo.

CAPÍTULO III

Era una joven muy hermosa, rubia, de ojos azules y expresión dulce y melancólica. Al verla, Finney se dijo que Carolyn necesitaba un hombre fuerte, pero comprensivo al mismo tiempo. A Carolyn le hacía falta ser guiada por un hombre decente y no un desaprensivo como Wells-Carslake.

Una doncella sirvió café. Luego, los tres quedaron solos.

—Señorita Hutton —empezó Finney—, necesito que me sea absolutamente sincera. Por duras o crueles que puedan parecerle mis preguntas, debe contestar sin rodeos, con total sinceridad. ¿Me ha comprendido?

—Sí —contestó la joven.

—Esto es muy importante. ¿Sabía usted que Gary debía una importante suma de dinero?

Carolyn vaciló.

—El dijo que aguardaba a que se solucionase una herencia difícil...

«El cuento de todos los tipos que viven de las mujeres», pensó Finney irritadamente.

—¿Le anticipó alguna suma? —inquirió.

Carolyn volvió a titubear.

—Varios miles de dólares —dijo al cabo.

—¿Cuál es la cifra exacta, por favor?

El rostro de la joven se puso encarnado. April lo notó y empezó a sentirse aprensiva.

—Ci..., ci...

—¿Cinco mil? —dijo Finney.

Carolyn hizo un gesto negativo.

—Cincuenta mil.

—No... —Carolyn se mordió el labio inferior—. Cien mil — declaró, casi llorando.

April saltó en su asiento.

—¡Por Dios! ¿Cómo pudiste hacer una cosa semejante? —estalló. Finney movió una mano.

—Cállese, por favor —rogó—. De modo que fueron cien mil dólares, señorita Hutton.

—Sí... —contestó la aludida desmayadamente.

—Está bien. ¿Por qué le pidió tanto dinero?

—Bueno, andaba en apuros... La herencia, ¿sabe? Pero es todo un caballero. Me dejó los resguardos de unas acciones, que valen cuatro veces más.

—¿Resguardos de unas acciones? —repitió Finney, incrédulo—. ¿Puede mostrármelos?

—Oh, no, los tengo en mi caja fuerte del Banco. Me pareció que una cosa de tanto valor no podía estar muy segura en mi propia casa. Tenga en cuenta que son resguardos al portador y que cualquiera podría enajenarlos...

—Ya. Conque esos valores están en su caja fuerte del Banco.

—Sí, exactamente.

—¿Los vio usted?

Carolyn negó con un ligero movimiento.

—Me pareció indiscreto... El quería que lo viese, pero yo le dije que confiaba en su palabra...

Finney cerró los ojos un instante. «Un timo sumamente fácil. Un paquete de recortes de periódicos, en un sobre... Cien mil dólares a cuenta y luego, la del humo», pensó críticamente.

—Muy bien. Usted quiere que encuentre a su prometido. ¿Desde cuándo no le ha visto?

—Cenamos juntos la víspera de la fiesta que di a mis amigas, cuando me enviaron aquella horrible cabeza... Por la mañana, me había llamado, para saber cuándo podríamos salir juntos otra vez...

—Y ya no ha vuelto a saber más de él.

—En absoluto.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

—No, de ninguna manera.

April intervino:

—Yo fui a su apartamento. Carolyn no se atrevía. El conserje del

edificio me dijo que Gary se había marchado, sin dejar su nueva dirección. El apartamento ya estaba alquilado.

—¿Se le ocurrió preguntar la fecha en que Gary se ausentó?

—Sí. Exactamente, el mismo día de la fiesta que dio Carolyn.

Finney se volvió hacia la dueña de la casa.

—Señorita, alguna vez, en conversaciones con su prometido, ¿le oyó pronunciar el nombre de Braffax?

—No, jamás. ¿Quién es ese hombre?

—Un sujeto nada recomendable, con el que Gary, al parecer, estuvo en relaciones nada honestas. Desde el punto de vista económico, no vayan a sospechar otra cosa.

—Gary es todo un hombre —protestó Carolyn.

—Un hombre puede ser muy hombre y, al mismo tiempo, un canalla —dijo el joven entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó la joven.

—Nada, hablaba conmigo —contestó Finney. Miró a April—. Sospecho que el señor Wells-Carslake se ha ausentado del país.

—¡No! —gritó Carolyn—. No se ha marchado. Me amaba locamente... Yo confío en él...

—Usted le dio cien mil dólares. Estaba en apuros con Braffax, quien, por si no lo sabía, es uno de los más distinguidos jefes del hampa local. Abrigo la sospecha de que se sabía en peligro y que por ello, con los cien mil dólares que usted le entregó, abandonó el país, sin dejar rastro detrás de sí. Es la única manera de eludir a los matones de Braffax, ¿comprende?

—Oh, no, no... —gimió Carolyn—. Gary es todo un caballero, jamás haría una cosa semejante ni creo que pueda mezclarse con esa gentuza.

Carolyn se echó a llorar. Finney se puso en pie y llamó a April con un gesto. La muchacha acudió de inmediato.

—Los informes que tengo sobre Gary son absolutamente fiables —dijo a media voz—. Apostaría algo valioso a que el sobre que contenía los supuestos resguardos de las acciones no tiene más que recortes de periódico.

—Pero Gary insistió en que ella los examinase...

—Sabía que Carolyn no lo haría. Naturalmente, tenía que arriesgar un poco, si quería que la estafa tuviera éxito.

—Creo que le comprendo. De modo que, para usted, es un

pájaro de cuenta —dijo la muchacha.

—Quizá Carolyn fuese la presa que siempre había codiciado, pero, no le quepa a usted la menor duda, Gary es un vividor, un explotador de mujeres, por supuesto siempre ricos y agraciadas.

—Eso tiene mucho de veraz —convino April—. Antes de comprometerse con Carolyn, estuvo a punto de casarse con la doctora Halley. Carolyn y la doctora eran grandes amigas y rompieron a raíz de lo ocurrido entonces.

—Seguramente, esa doctora sólo cuenta con su título —opinó Finney.

—Oh, no. Tiene bastante dinero aunque, desde luego, no puede compararse ni de lejos con Carolyn. Yo también conozco mucho a Rosamunda, quiero decir, la doctora Halley, y sé que sufrió un duro golpe al verse abandonada por Gary. Pero será mejor que volvamos junto a Carolyn; parece que se recobra y...

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Una doncella abrió y entró a los pocos momentos con un gran paquete en las manos.

—Han traído esto para usted, señorita —anunció.

Finney se apresuró a tomar el paquete, que dejó sobre una mesa. Carolyn se había puesto en pie y se secaba los ojos con un pañuelo.

—Debe de ser el regalo de bodas de alguno que no sabe cómo están las cosas —apuntó April.

Carolyn asintió.

—Yo no tengo ganas de verlo siquiera —dijo—. Ábrelo tú, si quieres.

—Claro, mujer.

April soltó la cinta y arrancó el papel. La caja de cartón apareció de inmediato. Despegó la tapa y la levantó. Inmediatamente, pegó un chillido estentóreo y dio un salto que la llevó a cinco metros de la mesa.

Carolyn, intrigada, se acercó, lanzó una mirada al interior de la caja y luego, blandamente, sin emitir ningún sonido, cerró los ojos, dobló la rodilla y se desplomó sobre la alfombra.

Finney se acercó a la caja y sintió que el estómago quería salirse por la boca. Pero hizo un esfuerzo y alargó la mano para rozar la mejilla de la cabeza que reposaba en el fondo de la caja. Incluso le dio un par de pellizcos, a fin de confirmar sus sospechas.

—Temo que esta vez le han enviado la auténtica cabeza de Gary
—dijo, a la vez que volvía a tapar la caja.

* * *

April llamó a la puerta y esperó unos segundos. Finney abrió a los pocos momentos.

—Ah, es usted... Entre, por favor.

La muchacha dio unos pasos en el interior de la casa.

—No sé por qué he venido...

Después de lo que sucedió ayer, el jaleo, luego con la policía, el interrogatorio...

—Le haré café. Me imagino que se siente deshecha.

—Peor está Carolyn.

—Es comprensible. ¿Le importa venir conmigo a la cocina?

—No, en absoluto.

April se sentó en un taburete, junto a la barra. Finney le entregó un pocillo y se sentó frente a ella.

—¿Hay alguien con Carolyn?

—Una tía suya. Yo la llamé anoche; ella necesitaba de una persona con experiencia.

—Lógico. —Finney sonrió—. Apuesto algo a que no ha dormido bien esta noche.

—¿Dormir? Cada vez que cerraba los ojos, me veía esa horrible cabeza... Pobre Gary, en medio de todo, no se merecía esa suerte... Nadie merece morir, claro está, pero, sobre todo, de una forma tan espantosa... Debió haber pasado unos momentos horribles, mientras que veía que le iban a cortar la cabeza.

—No lo crea. Antes de que lo decapitasen, le habían narcotizado.

—¿Cómo lo sabe usted? —se asombró April.

—Tengo amigos en la policía. Uno de ellos me ha citado el avance del informe del forense. Encontraron restos de narcótico en la escasa sangre que quedó en los vasos del cerebro.

—Oh... ¿Qué habrá sido del cuerpo, señor Finney?

—La policía ha iniciado una amplia operación de búsqueda, es todo lo que puedo decirle.

Pero también han notado algo muy importante.

—¿Sí?

—La decapitación no se produjo bruscamente, es decir, a consecuencia del golpe asestado con un instrumento cortante, como un hacha, sino que es la obra de un experto.

April abrió la boca.

—¿Quiere decir que le cortaron la cabeza, como si le operasen de apendicitis?

—Sí, exactamente.

—Cielos, es espantoso... Un experto, significa un médico.

—En efecto.

La muchacha se estremeció.

—Señor Finney...

—Darryl, por favor.

—Bien, Darryl, al hablar de un médico yo estaba pensando en Rosamunda Halley.

—Yo también. April.

—Rosamunda es ayudante del patólogo jefe de la Universidad.

—Y, me imagino, sabe cómo se maneja el bisturí y la sierra del cirujano.

Ella asintió.

—Es una enamorada de su profesión —contestó.

—Y también lo estaba de Gary.

—Darryl, ¿puede una mujer, que está enamorada de un hombre, matarle de una forma tan horrible? Porque eso significa... No es lo mismo que pegarle un tiro en un momento de locura, excitada momentáneamente... Tuvo que propinarle primero el narcótico y luego... Oh, no me atrevo a imaginármelo; es demasiado horrible...

—April, el corazón de las personas, hombre o mujer, cuando están enamorados y sufren el rechazo de la persona a la que aman, es una especie de pozo insondable, en el que caben sentimientos que uno no sospecharía siquiera. Si Rosamunda se sentía desechada por el abandono de Gary, pudo planear su venganza y ejecutarla fríamente.

—Y, como burla suprema, enviar a Carolyn la cabeza de su prometido.

—Exactamente.

—Pero eso no tiene demasiada congruencia, Darryl.

—¿Por qué?

—Primero le enviaron una copia de la cabeza. Muy bien hecha, todo hay que decirlo...

Hombre, tendría que haber estado allí. Menudo jaleo se armó; hasta que se supo que sólo era cera, hubo un follón como no se puede imaginar siquiera. ¿Cómo se entiende que ahora, al cabo de tres semanas le envíen la cabeza auténtica?

—No lo sé —contestó él—. Y eso es lo que pienso averiguar.

—¿Cómo?

—Investigando las relaciones de Gary con Braffax. Eso en primer lugar. Después trataré de hablar también con la doctora Halley.

—¿Qué más, Darryl?

—Usted es amiga de Carolyn. Me imagino que ella no está para determinadas cosas, así que pídale la llave de su caja fuerte del Banco, con una autorización. Quiero ver el contenido del sobre que Gary le dio a cambio de cien mil dólares.

—Muy bien, lo haré.

—Avíseme cuando esté lista. —Finney sonrió—. La acompañaría, con mucho gusto, pero tengo que hacer una visita imprescindible.

—No se preocupe. Quizá mañana vayamos al Banco.

—Estupendo, April.

La persona a la que Finney iba a visitar era Pete Kenoe, el propietario del conocido club nocturno. The Flyng Cow-boy.

Finney había pensado que la entrevista se realizaría con más comodidad en la casa de Kenoe, lejos del bullicio, de un local muy concurrido a partir de ciertas horas. Cuando llegó a su destino, eran las tres de la tarde, Y no pudo hablar con Kenoe, porque estaba muerto.

CAPÍTULO IV

El aspecto que ofrecía Kenoe no tenía nada de agradable. Alguien le había cortado el cuello y su dormitorio parecía un matadero.

La sangre había salpicado una de las paredes cercanas a la cama. Finney procuró no mancharse los zapatos.

Al acercarse al techo, advirtió la limpieza de la herida, que no era muy grande, unos centímetros tan sólo. «Pero lo justo para cortar la yugular», pensó.

El asesino, supuso, habría empleado una navaja de afeitar. Kenoe había sido sorprendido en el sueño, no cabía duda.

Era extraño, se dijo. ¿Por qué había sido Kenoe tan descuidado? Al llegar él, había encontrado la puerta cerrada, aunque no con llave ni tampoco echada la cadena de seguridad. De este modo, dedujo, el asesino había podido llegar hasta su lecho sin dificultad.

—Pete, debiste haber sido más precavido —murmuró.

Al cabo de unos momentos, sacó unos guantes de goma y empezó a registrar la casa.

Sin embargo, no encontró nada de particular.

Volvió al dormitorio. Había allí una consola y registró los cajones uno por uno, con el mismo resultado negativo. Al terminar el último cajón, se volvió un instante hacia el lecho.

Entonces vio algo que chispeaba, debajo de la cama, pero cerca del borde lateral.

Avanzó unos pasos, se inclinó y recogió un bonito encendedor de oro con unas iniciales grabadas en una de sus caras.

—R. H. —murmuró—. ¿Quién diablos puede ser este tipo?

De pronto, reparó en un detalle que se le había pasado por alto.

El apartamento era lujoso, pero la casa ya tenía bastantes años y disponía de escalera exterior contra incendios. Finney se acercó a la

ventana y examinó con todo cuidado el antepecho.

Había señales de unos zapatos. El apartamento, apreció, había sido pintado recientemente, incluyendo las ventanas. La pintura, no demasiado consolidada aún, ofrecía ciertas rayaduras, procedentes del roce de unos zapatos.

Kenoe no tenía por costumbre utilizar la escalera de incendios. El asesino había entrado por allí, sorprendiéndole durante su sueño. Incluso, era muy posible que hubiese perdido el encendedor...

Frunció el ceño. El encendedor estaba en el lado opuesto de la cama y el asesino había atacado por la parte más próxima a la ventana. No, el encendedor no era suyo, pero, entonces, ¿a quién diablos pertenecía?

Volvió a mirar la herida, realizada por alguien con conocimientos de anatomía. Era un corte relativamente pequeño, lo suficiente para seccionar la yugular irremisiblemente.

—Un médico, tal vez...

Y, de pronto, chasqueó los dedos.

—Claro, ella —exclamó—. R. H. Rosamunda Halley.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. En la calle, a tres manzanas de distancia, se metió en una cabina y avisó a la policía. Luego, haciendo saltar el encendedor en la palma de su mano, entró en el coche y se dispuso a hacer una visita a cierta persona que consideraba como el sospechoso número uno en aquel enrevesado caso.

* * *

La mujer que abrió la puerta era alta, de formas rotundas y rostro bastante atractivo.

Tenía en las manos un cuaderno y las gafas que empleaba para leer. Finney apreció que la doctora Halley tenía, evidentemente, problemas con su silueta. «Debería perder cinco centímetros de cintura», se dijo.

—¿Sí? —habló ella.

—Soy Darryl Finney, detective privado, doctora Halley. ¿Puedo hablar con usted unos minutos?

—No tengo inconveniente, pero le advierto de antemano que no suelo recibir pacientes en mi casa...

—Gracias a Dios, tengo una salud excelente —sonrió Finney.

—Está bien, entre.

Rosamunda se apartó a un lado. Pasó junto a un espejo que había en el recibidor, dejó los lentes y el cuaderno sobre la consola y luego se atusó maquinalmente el frondoso cabello rubio. Luego, sosegadamente, se encaminó a una salita íntima y señaló un diván al visitante.

—Por favor...

—Gracias, doctora. ¿Le importa que fume?

Ella hizo un gesto de desagrado.

—Soy médico. Desaconsejo el tabaco —contestó.

Finney volvió a guardar el paquete de cigarrillos.

—Disculpe. Doctora, la imagino enterada de lo que sucedió ayer en casa de una antigua amiga suya, Carolyn Hutton.

—He leído los periódicos, en efecto —contestó Rosamunda sin inmutarse.

—Usted conoció a la víctima.

—Lo admito. Lo he admitido ante la policía. No tengo que avergonzarme de nada referente a mis relaciones con Gary Wells-Carslake.

—A Carolyn le enviaron otra cabeza hace algunas semanas. Artificial, de cera, muy bien realizada. ¿Lo hizo usted?

Ella vaciló.

—Y si fuese así, ¿qué sucedería?

—Empiezo a sospechar que odiaba a Carolyn.

El ampuloso pecho de la doctora se agitó violentamente.

—La odio, sí... Ella, con su aire de mosquita muerta... Yo estaba enamorada de Gary y Carolyn coqueteó con él e hizo cosas que avergüenzan a las mujeres decentes, con tal de conseguirlo...

—¿Seguro que se portó como tina cualquiera? ¿Lo vio usted?

—No, pero pude darme cuenta de algunos detalles...

—Doctora, no me gustaría herirla, pero usted tiene ocho años más que Carolyn y, aunque de holgada situación económica, no puede considerarse como rica. ¿No cree que pueden ser dos puntos determinantes del abandono de Gary?

—Y aunque así fuera, si ella se hubiese estado quieta...

—Doctora, de haberse hallado en el lugar de Carolyn, ¿no habría actuado de la misma manera, si Gary le hubiese gustado?

Rosamunda enrojeció.

—Bueno, hablando objetivamente...

—Celebro que vuelva a mostrarse serena, doctora. Carolyn no hizo ni más ni menos que lo que han hecho infinidad de mujeres en sus circunstancias.

—Gary era un tipo flojo, ahora lo veo —dijo ella despectivamente—. Carolyn le enseñó un montón de millones al extremo de una caña y él acudió como un tonto.

—Caramba, es que es un cebo muy apetitoso. Un montón de millones, una chica guapísima... Cualquiera habría picado —dijo Finney con irónico acento.

—Está bien, creo que ya hemos hablado lo suficiente.

—Oh, pero si no hemos hecho más que empezar. De modo que fue usted quien envió la primera cabeza.

—Sí, pero no la segunda. Oiga, la policía ha estado aquí. Saben que soy médico y sé manejar el bisturí. Pero si piensa que lo hice yo...

—¿Estoy equivocado?

—¡Sí, rotundamente, sí!

—Puede que me equivoque en el asunto de la cabeza de Gary, pero quizá no en lo que se refiere a la muerte de Pete Kenoe.

La sangre huyó instantáneamente del rostro de Rosamunda. Pese a todo, haciendo un esfuerzo, consiguió mantener la serenidad.

—No conozco a ese sujeto —contestó.

—Lo han degollado. Un corte en la yugular, doctora.

—¡Repito que no conozco a Kenoe! —chilló Rosamunda.

Finney sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Luego lo, encendió tranquilamente.

—Le dije antes que no fumara, señor Finney —exclamó ella crispadamente.

—Oh, lo había, olvidado... De todos modos, tome; cuando me haya marchado, usted que está terriblemente nerviosa, encenderá un cigarrillo... con su propio encendedor...

Rosamunda abrió la boca al recibir el mechero y sentir su contacto en la palma de la mano. Quiso decir algo, pero no le salían las palabras de la garganta.

—Kenoe ha sido asesinado, mediante un corte en la yugular —dijo Finney—. Pero no es un corte hecho con violencia ni mediante

un golpe violento, pero burdo. Es un corte realizado con toda perfección, de pocos centímetros de largo y suficiente, sin embargo, para llegar hasta la yugular.

Finney empezó a dirigirse hacia la puerta.

—Ah, lo olvidaba —sonrió—. El encendedor estaba debajo de la cama de Kenoe. Buenas tardes, doctora.

Cuando salió, Rosamunda no había recobrado aún la serenidad suficiente para articular una sola palabra.

* * *

Llenó una taza de café y se la ofreció a la visitante.

—De modo que tiene todo listo para hurgar en la caja privada de Carolyn —dijo.

—Sí. Cuando quiera, podemos ir al Banco.

—En seguida —contestó él—. En cuanto me vista... Pero pensé que me llamaría por teléfono, como acordamos ayer.

April sonrió.

—Voy a serle sincera. En estos momentos, soy la amiga chismosa y entrometida, que quiere enterarse de los inconfesables secretos de la otra. ¿Qué le parece, Darryl?

—Vamos, se muere por saber si están los resguardos de las acciones o sólo hay recortes de periódico.

—Exactamente.

—Muy bien, antes de media hora lo sabremos. Con su permiso, April.

Finney fue a su dormitorio y se vistió rápida e informalmente: camisa a cuadros, cazadora clara, ligera y pantalones azules. Antes de salir, sin embargo, hizo una prueba con determinado aparato.

—Enano, ¿me oyes?

—Te oigo, Darryl —contestó alguien.

—Voy a probar la señal. ¿Suena bien?

—A la perfección.

—Muy bien, no dejes de estar a la escucha. Siguen vigilándome, ¿sabes?

—Pero ¿es que no van a escarmentar?

—Por lo visto. Hasta luego, Enano.

—Suerte, Darryl.

Finney se ajustó el cinturón de los pantalones y luego volvió a la sala.

—Listo —anunció, a la vez que se abría la puerta de la calle.

Cuando cruzaban el jardín, April recordó algo.

—Darryl, ¿no le han enviado otro elefante rosa?

—No, aunque es una lástima que me lo volase de un tiro mi vecino, el señor Mortimer.

Mis sobrinitos se habrían divertido muchísimo.

—Sí, seguramente. ¿Cuántos son?

—Diecinueve. Tengo cinco hermanas y dos hermanos. Yo soy el más pequeño de todos.

El octavo, y remate final de la serie de los Finney. Cuando nos reunimos todos, parece una manifestación pro derechos civiles o algo por el estilo.

—¡Cielos! —Se espantó ella. Empezó a contar con los dedos—. Siete hermanos, más los cónyuges, más diecinueve hijos... Total, treinta y tres.

—Te olvidas de mis padres y de mí. Más la abuelita, que ya tiene noventa y cuatro años y está fuerte como un roble y derecha como un huso.

—Yo creí que esas cosas sólo pasaban en las películas, Darryl.

—En este caso, la realidad supera a la ficción y no al contrario, como suele acontecer.

Pero, en fin, otro día iré y compraré un elefante rosa... Por cierto, ¿qué puedes decirme de la doctora Halley? ¿Sabes algo acerca de su vida privada? ¿Es normal o turbulenta? ¿O es aficionada a los amoríos de tapadillo?

—¿A qué vienen esas preguntas, Darryl? —se extrañó la muchacha.

—Bueno, por si no lo has leído en los periódicos, te diré que ayer apareció muerto un tipo llamado Pete Kenoe, con la yugular cortada quirúrgicamente, y no a lo bestia, con un cuchillo cualquiera, en cuyo dormitorio encontré un encendedor con las iniciales R. H.

—Son las iniciales de Rosamunda.

—Justamente, princesa.

—Pero eso no quiere decir...

—Se mantuvo muy serena cuando hablé con ella, hasta que

llegué al asesinato de Kenoe. Por poco se desmaya. Eso no te sucedería ni a ti, tratándose de un desconocido.

Por ejemplo, ahora, te sorprendes, pero no pierdes el color ni te flaquean las piernas.

—No, aunque estoy sentada en tu coche... Pero el encendedor...

—Es de ella, no cabe duda. Y, sin embargo, me prohibió fumar en su casa, dijo que detesta el tabaco...

—Muy extraño, en efecto —convino April—. Pero ¿a qué demonios iría al dormitorio de Kenoe?

—¿No te sientes capaz de imaginártelo? —dijo Finney con ironía.

April se puso colorada.

—Kenoe era un tipo bastante atractivo —añadió el joven—. Y ella es muy hermosa.

—Pero estaba enamorada de Gary...

—Tal vez pensó que le convenía empezar a desenamorarse. Y Kenoe, naturalmente, colaboró con mucho gusto.

—No puedo creerlo...

—Seguiremos luego, encanto —cortó Finney—. Ya estamos llegando al Banco.

Fue una operación rápida y sencilla y no hubo dificultades para que April se hiciera cargo del sobre que Carolyn había guardado en su caja de alquiler.

—Lo examinaremos luego en su casa, con más tranquilidad —dijo Finney, cuando salían a la calle.

Cruzaron la acera y, de repente, dos sujetos de rostro pétreo se situaron a ambos lados de la pareja. Uno de ellos dio una breve orden:

—Suban a ese coche.

—Sin protestar —añadió el otro.

CAPÍTULO V

El automóvil era grande, con capacidad holgada para las seis personas que viajaban en él: cuatro individuos, más Finney y la muchacha. Dos de ellos les apuntaban constantemente con sendas pistolas.

April procuraba mantenerse serena. Finney parecía no darle mucha importancia al secuestro.

—¿Adónde vemos, Rocky Boyd? —preguntó, dirigiéndose a uno de los que les habían obligado a entrar en el coche.

—No se preocupe, ya lo sabrá en su momento —contestó el interpelado.

—Eso es cosa del gran Braffax, ¿verdad?

—Me gustaría que se callase, Finney. No hay cosa que me dé más pena que dejar sin dientes a un tipo.

—Hombre, ¿y qué harían los dentistas sin ti? Probablemente, se morirían de hambre...

—Finney, le han dicho que se calle —intervino otro sujeto de cara agria y ojos de pez.

—Cuando uno está muy nervioso, tiende a hablar mucho para tranquilizarse. ¿Sabías eso, Ben Coutts, alias El Enterrador?

—¿Por qué le llaman El Enterrador? —preguntó April.

—Por la cara, no, desde luego —respondió Finney.

Ella comprendió y sintió un escalofrío. Coutts emitió un gruñido de cólera.

—Finney, yo sí tengo un primo dentista y, si sigue así, tendré que darle su dirección.

¿Me ha entendido?

—April, la ley del silencio —dijo él lúgubrementemente.

Buscó la mano de la muchacha y la oprimió para darle ánimos.

Antes había protestado de que a ella también la secuestraran, alegando que no tenía nada que ver con sus actividades, pero los hampones habían hecho oídos de mercader.

Una hora más tarde, llegaron a una casa aislada en la campiña. Estaba en un lugar muy agradable y tenía unas vistas realmente hermosas. El ambiente se quebraba por el estruendo de unas excavadoras que trabajaban en una obra situada a menos de quinientos metros de distancia, en una vaguada a espaldas del edificio.

Escortados por tres de los pistoleros, entraron en la casa, una residencia campestre, sencilla, pero elegante. Inmediatamente, fueron conducidos a un despacho, en el que había dos individuos, uno de ellos sentado tras una mesa.

Hubo un momento de silencio. Luego, el hombre que estaba sentado tras la mesa, miró al joven y sonrió.

—Hola, Finney.

—¿Qué tal, Braffax?

April contempló con curiosidad al dueño de la casa, un sujeto de algo más de cuarenta años, bien parecido, elegante, con aire distinguido, pero en cuyos ojos se veía una dureza sin límites y una falta de piedad absoluta. Sintió miedo.

El otro sujeto era bajo, rechoncho, de ojos salientes y adornaba su labio superior con un bigote muy poco frondoso. Braffax hizo un gesto con la mano.

—Está bien, Doc, ya puedes marcharte. Que todo siga como hasta ahora.

—Bien, señor Braffax —contestó el gordito.

—Hola, ex doctor Rowen —dijo Finney cuando el otro pasaba por su lado—. Braffax, ¿lo tiene ahora de contable?

—Algo por el estilo —respondió Braffax—. Rocky, ¿lo has registrado?

—No lleva armas, jefe —contestó Boyd.

—Bien. —Braffax sonrió, a la vez que se repantigaba en el sillón—. Finney, deme el sobre.

—¿El sobre? ¿Qué sobre? —se extrañó el joven.

—No se haga el tonto. Me refiero al sobre que ha sacado de la caja privada de Carolyn Hutton. Démelo y lo olvidaremos todo.

—Pero si yo no tengo ningún sobre... —Finney extendió los

brazos—. Haga que sus chicos me registren —invitó—. No lo tengo, créame.

Braffax frunció el ceño.

—Rocky, ¿llevaba el sobre cuando salió del Banco?

—Sí, señor.

—Bien, Finney, ya lo ha oído. Entrégueme ese maldito sobre...

—No puedo, Braffax.

—¿Por qué?

—Cuando vi que me iban a secuestrar, lo dejé caer. Había un imbornal de alcantarilla justamente allí, y el sobre se metió, como si fuese un buzón de Correos...

Braffax se puso fuera de sí.

—¡No lo creo, Finney! —bramó—. Trata de divertirse a mi costa, pero no se lo consentiré, no, señor. Y no crea que le voy a hacer más preguntas acerca de ese maldito sobre...

—¿Tanto interés tiene para usted? —preguntó el joven.

—Más de lo que se imagina... Pero ¿qué diablos le importa a usted si me interesa o no ese sobre?

—Si no le interesa, ¿por qué nos ha secuestrado?

—No les he secuestrado. Sólo quería preguntarles dónde está el sobre.

—¿A ella también?

April alargó su bolso. Braffax lo examinó ávidamente.

—Maldición, no está.

—Se fue por la alcantarilla —insistió el joven.

—¡No lo creo!

—¿Me pongo de rodillas, junto las manos y se lo juro?

—¡Basta! —rugió Braffax—. Regístrale, Rocky.

El registro dio un resultado negativo.

—No lo comprendo, jefe —dijo Boyd desconcertado—. Llevaba el sobre cuando salió del Banco.

—Ha debido de esconderlo en alguna parte —opinó Braffax—. Regístrale, Rocky.

El registro dio un resultado negativo.

—No lo comprendo, jefe —dijo Boyd, desconcertado—. Llevaba el sobre cuando salió del Banco...

—Ha debido de esconderlo en alguna parte —opinó Braffax—. Quizá había una papelera en aquel lugar.

—No, se fue por la alcantarilla —repitió el joven una vez más.

Braffax le dirigió una mirada llena de ira.

—Finney, quiero ese sobre y lo tendré, aunque sea a costa de su pellejo hecho tiras.

Pero, de momento, le voy a dar unas horas de plazo para que reflexione. ¡Encerradlos en el sótano!

Los dos hampones empujaron sin miramientos a la pareja. Cuando ya iban a salir, Braffax exclamó:

—¡Se me ha ocurrido otra idea mejor! Tardaré más, pero lo conseguiré. Rocky, van a estar encerrados hasta que yo lo diga, sin probar bocado ni beber un sorbo de agua. ¿Entendido?

—Descuide, jefe.

* * *

El sótano era grande, espacioso y, contra lo que había pensado Finney, no había botellas de vino almacenadas. Sólo se veían unos cuantos trastos viejos, a la escasa luz que entraba por dos estrechas rendijas, situadas cerca del techo.

Tampoco había luz eléctrica. Finney se acercó a la puerta y vio reforzada por una gruesa plancha de metal. La llave resultaba inalcanzable, porque no había orificio interior. Había dos ventanas alargadas, que supuso debían hallarse a ras del suelo exterior. También estaban protegidas por planchas de metal, con sendas ranuras no mayores de un centímetro de ancho, hechas con el objeto de que se renovase la atmósfera del sótano, aunque fuese muy lentamente.

—Siento haberte metido en este asunto —dijo Finney, al cabo de unos momentos.

—No te preocupes. ¿Crees que de verdad van a someternos a una dieta de hambre? —preguntó April, llena de aprensiones.

—Sí, seguro. Este sótano ha servido de cárcel en mas de una ocasión. —Finney pateó—. Y hasta es posible que haya aquí algún cadáver, bajo el fiambre.

—No seas macabro —se estremeció ella.

—Yo no soy macabro; lo es Braffax.

—Estamos divertidos... ¿Qué vamos a hacer mientras tanto, Darryl?

—Si tuviera un mazo de naipes, podríamos jugar a las cartas —sonrió él.

—Oh, no sé cómo puedes ser... Darryl, ¿de veras lanzaste el sobre por el imbornal?

—Claro, nena. Aproveché un descuido y lo arrojé por la ranura. —Finney se puso el dedo en los labios, a la vez que se acercaba los labios a la oreja de la muchacha—. Habla bajo —recomendó—; quizá hay micrófonos.

—Entiendo —asintió ella—. De modo que lo has escondido...

Finley sonrió.

—En el lugar que menos sospechan —contestó—. Y, sin embargo, lo llevarán consigo en todo momento.

April abrió los ojos poniéndolos como platos.

—Darryl, eres fantástico.

—Aguarda un poco, aún no has visto todo.

—Seguramente tienes el procedimiento para salir de aquí.

—¡Qué lista eres! ¿Quieres volverte? Voy a bajarme los pantalones, princesa.

La muchacha respingó. Finney se soltó el cinturón y ella, colorada como una guinda, se volvió de espaldas. Así estuvo unos minutos, hasta que sintió la mano de Finney en su hombro.

—Ya está —dijo él.

Y le enseñó una minúscula cajita, no mayor que un paquete de cigarrillos, con una pequeña antena que sobresalía de uno de sus lados.

—Lo tenía sujeto con un esparadrapo a la parte alta del muslo, pero por dentro —explicó el joven.

—Oh, es un... —April, adivinó el objeto de aquel aparatito instantáneamente—. Menudo truco, tú.

—Tengo algunos más, pero aquí no sirven. —Finney se pegó el transmisor a los labios—. Enano, ¿me oyes?

—Fuerte y claro, Darryl —contestó alguien desconocido para la muchacha.

—¿Has captado la señal de alarma?

—Todo el rato. Te tengo localizado. Ellos, sin embargo, no me han visto.

—Siguen en la casa, supongo.

—Dos se marcharon hace unos minutos en un coche. Antes salió

otro...

Finney hizo un rápido cálculo.

—El primero debía de ser Doc Rowen —dijo—. Los otros dos serían Braffax y alguno de los que me han traído hasta aquí. Por tanto, quedan tres en la casa. Están armados, Enano.

Muy bien, inicio el asalto. ¿Dónde estáis?

—En el sótano.

—De acuerdo. ¡Allá voy!

Finney cortó la comunicación. April le contemplaba llena de admiración.

—Es increíble...

—Cuando estoy en un caso complicado, con posibles riesgos personales, siempre voy previsto.

—Es lógico. Oye, ¿quién es el Enano? Porque si es muy bajito, no podrá contra tres matones y, además, armados...

El joven se echó a reír.

—El Enano se llama, en realidad, Nat Elkton, mide dos metros diez y pesa ciento veinte kilos. Aguarda un momento y lo verás.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, se oyó un sordo estruendo en la parte superior.

—No lo verás —corrigió Finney—. Lo oirás, está mejor dicho.

Durante unos momentos, se oyeron unos ruidos espantosos; golpes, chillidos, gritos, crujidos de muebles que se rompían, cristales que saltaban en mil pedazos. Luego volvió el silencio.

Segundos más tarde, se oyeron unas pisadas en las escaleras que conducían al sótano.

—Apártate, April —dijo Finney, a la vez que arrastraba consigo a la muchacha.

Repentinamente, se oyó un fenomenal estrépito. La puerta saltó con enorme violencia, arrancada de sus goznes por el irresistible impacto del pie de Elkton. El rostro redondo y feo, pero simpático del Enano se hizo visible en el umbral.

—Paso libre, chicos —anunció jovialmente.

Finney sonrió.

—Enano, te presento a April Westbury. April, éste es Nat Elkton. Puedes darle la mano sin temor; no te la convertirá en pulpa.

—Hola, Nat —saludó la muchacha.

—Mucho gusto en conocerte, princesa. Darryl, ¿verdad que

parece una princesa?

—Está a la espera del príncipe azul —contestó el joven—. ¿Qué hacen los pajarracos que nos custodiaban?

—Duermen, Darryl.

—Muy bien, vámonos.

Salieron sin ninguna dificultad. Finney torció el gesto.

—Maldición —dijo.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó April.

—Braffax se ha llevado el otro coche y nosotros tendremos que usar éste.

—Bueno, no tiene ninguna importancia, creo yo...

—El otro era más grande y podía soportar mejor el peso de Nat.

April se sintió desconcertada. Aquella frase le resultaba absolutamente incomprensible.

En la casa había señales del devastador asalto llevado a cabo por el gigante. De pronto, Finney recordó algo.

—Enano, vamos a sacar de aquí a estos tipos. Busca cordones de las cortinas para atarlos. Luego harás otra cosa.

—Bien, Darryl, lo que tú digas.

Minutos más tarde, Boyd, Coutts y el tercer matón, quedaban convertidos en sendos salchichones. Para evitar que pudieran desatarse con facilidad, Finney ató juntos los tres pares de muñecas. Luego, el gigante arrastró al trío hasta una hondonada cercana. Al regresar, dijo:

—Darryl, convendría que apartases el coche.

—De acuerdo, Enano.

Elkton se marchó. April, perpleja, se preguntó qué pensaba hacer aquel gigantesco individuo. Tuvo la explicación minutos más tarde, cuando le vio regresar, pilotando una descomunal excavadora.

—¡Cielos! —exclamó—. Braffax se va a subir por las paredes cuando lo sepa.

—¿Le quedarán paredes por las cuales pueda subirse? —contestó Finney sarcásticamente.

Elkton dio comienzo a su tarea. El primer muro se derrumbó con gran estrépito ante la acometida de la máquina. Treinta minutos más tarde, la casa era sólo un montón de escombros.

April se sentía abrumada.

—Nunca había visto nada semejante...

—Nunca habías estado a mi lado —dijo él—. Está bien, Nat; devuelve ese trasto. Tú tienes tu coche, ¿verdad?

—Está escondido en una revuelta del camino, Darryl.

—Bien, nos veremos en la ciudad. Hasta luego. Enano.

—Hasta luego. Adiós, princesa —se despidió Elkton.

—Encantada, Nat —dijo ella.

Finney mantenía abierta la puerta del coche.

—La señora está servida —sonrió.

April se sentó y lanzó un suspiro.

—Vaya día —exclamó.

—Sí, un poco agitado —convino él.

—Pero hemos perdido el sobre...

—Sólo momentáneamente. Espero recuperarlo a no tardar mucho.

—Entonces, sabes dónde está.

—Nunca he dejado de saber su paradero —rió Finney.

CAPÍTULO VI

Había una cantante de color en el escenario. Los camareros circulaban entre las mesas.

En la barra, cuatro hermosas jóvenes atendían a los clientes. Finney buscó un sitio y pidió una copa.

La cantante terminó, fue aplaudida y salió una chica hacia *strip-tease*. Cuando estaba a mitad, apareció un tipo que quiso impedirle que se desnudara. Casi en seguida, llegó otra mujer, que atacó al hombre. Parecía la tía del artista. Surgió un policía y la emprendió contra la tía. Luego vino una mujer policía, que también quiso impedir el jaleo. Apareció un sargento. Todos acabaron desnudos, realizando un número erótico que parecía divertir mucho al respetable.

—Bazofia —dijo Finney.

—¿Cómo ha dicho?

Finney se volvió.

—Doctora. —Arqueó las cejas—. Vaya una sorpresa.

Rosamunda sonrió.

—¿No tengo derecho a divertirme, después de todo un día intenso de trabajo?

—¿Por qué no? Es un ser humano, me parece.

—¿Sólo se lo parezco?

El vestido de la doctora tenía un escote en v que llegaba hasta la cintura, dividiendo claramente los senos, pesados, macizos, de indudable atractivo. Estaba bien peinada y aparecía enormemente guapa.

¿Una copa?

—¿No tiene miedo de beber en compañía de una versión femenina de Jack el Destripador?

—Usted no me va a destripar a mí. Además, no lo hizo a Kenoe.

—Ah, me considera inocente.

—Sólo le rebanó el pescuezo.

Rosamunda endureció el gesto.

—No fui yo, pero no me voy a molestar en convencerle de mi inocencia.

—Pero estuvo en su casa.

—Eso no le importa en absoluto.

—Lo cual es una contestación afirmativa.

—Creí que sería usted mejor persona...

—No me conoce bien, doctora.

—Ni me interesa.

—¿Seguro?

—¡Váyase al diablo!

Rosamunda se marchó, furiosa. Finney sonrió para sí, a la vez que se llevaba la copa a los labios.

De pronto, se le acercó Braffax.

—¿A qué ha venido? —preguntó el sujeto hostilmente.

—Éste es un local público. Tengo derecho a divertirme.

—No se lo discuto, pero da la casualidad de que el local es mío y no quiero verle aquí.

Finney sonrió.

—Todavía le escuece, ¿eh?

Braffax apretó los puños.

—Arrasó mi casa —dijo—. ¿Por qué lo hizo?

—Lena Carrington.

El sujeto se sobresaltó.

—No tuve nada que ver...

—Sí, tuvo que ver mucho. Incluso es posible que lo hiciera personalmente. De vez en cuando, tiene que demostrar a sus secuaces que también sabe apretar el gatillo o cortar un cuello. Por eso solo, Braffax, sin contar otras marranadas que haya podido hacer, por eso solo, repito, haré todos los posibles para enviarle al presidio para el resto de sus días.

—No lo conseguirá jamás —se burló Braffax.

—Eso mismo le dijo la liebre a la tortuga, cuando acordaron hacer una carrera. Recuerde el cuento y verá quién ganó.

—Me comeré esa tortuga, Finney.

—Usted es la liebre. Perdió la carrera.

—No quiero seguir discutiendo más. Váyase.

Finney puso un billete sobre el mostrador. Braffax hizo un gesto con la mano.

—Invita la casa —dijo a la *barmaid*.

—No, muñeca, toma mi dinero. De este pájaro que tengo a mi izquierda no quiero nada y, si pudiera, ni respiraría el mismo aire que él respira.

La *barmaid* se quedó estupefacta. Jamás nadie le había hablado al dueño del local en semejante tono. Sonriendo, Finney abandonó la barra y se encaminó hacia la salida.

A sus espaldas, Braffax hizo un hosco gesto con la mano. Boyd, que tenía el ojo izquierdo casi cerrado, como consecuencia de un golpe recibido en su pelea con Elkton, hizo un gesto de aquiescencia y se puso en marcha tras el joven.

* * *

Finney dió una vuelta completa a la explanada de estacionamiento, buscando un coche determinado. De pronto, creyó oír pasos a sus espaldas y se agachó rápidamente detrás de un automóvil.

Boyd apareció a poco, mirando desconcertadamente a todas partes. De pronto, notó un golpecito en el hombro izquierdo.

Volvióse rápidamente. En el mismo instante, un puño se estrelló contra su mentón con terrible impacto. Boyd vio todas las estrellas y se desplomó sin sentido.

Finney se arrodilló y le quitó la pistola, que hizo resbalar por el cemento. Luego se acercó a un coche y, con la ayuda de una pequeña ganzúa, levantó la tapa del maletero.

Sonrió. Estaba vacío. Un minuto más tarde, Boyd quedaba encerrado en aquel angosto espacio. Y él se había librado de un moscón inoportuno.

Reanudó su marcha. Ya tenía a la vista el automóvil en que habían sido llevados a la casa que luego había arrasado Elkton. De pronto, oyó ruido de tacones femeninos, que repiqueteaban aceleradamente.

Una mujer surgió corriendo ante él. Parecía ciega y le propinó

un empujón con el desnudo hombro derecho. Finney, sorprendido, trastabilló y estuvo a punto de caerse.

Por fortuna, había un coche al lado y pudo apoyarse con las dos manos.

Luego miró a la mujer que ya había entrado en su coche y lo ponía en marcha. Frunció el ceño.

—¿Por qué diablos tiene que correr tamo esa mujer? —masculló.

El coche de Rosamunda se puso en marcha y desapareció de la vista del joven en contados segundos. Finney reaccionó y reanudó su camino.

Momentos después, llegaba junto al automóvil de Braffax. Abrió la portezuela y entonces fue cuando vio al hombre dormido en el asiento posterior.

Un rayo de luz dio de pronto sobre la pechera de la camisa del durmiente. Finney apretó los labios. Aquella pequeña mancha brillante, de color escarlata, que se extendía con gran lentitud, sobre la blanca superficie de seda, no era precisamente un adorno de la indumentaria.

Inspiró con fuerza. La herida, apreció, era muy pequeña exteriormente; podía ver con toda claridad que no tenía más de un centímetro de ancho.

—Pero es lo suficientemente profunda como para llegar al corazón —murmuró.

Un cuchillo angosto, seguramente muy afilado... Un bisturí, dedujo.

Pasados algunos segundos, consiguió rehacerse. Aunque no había demasiada luz, sabía que el muerto le resultaba desconocido. Tanteó con las manos en determinado lugar del interior del coche y encontró lo que buscaba.

Luego cerró con todo cuidado. Borró sus huellas con un pañuelo y abandonó el lugar con toda discreción.

* * *

April llegó al mismo tiempo que él, pero procedente de una dirección diametralmente opuesta. La muchacha se apeó de su automóvil y corrió hacia Finney.

—Darryl, recibí tu llamada...

—Usted no estaba en casa —dijo él.

—La recogió mi doncella. Estaba en el baño.

—Oh... Vaya, doncella y todo. ¿Eres rica?

—Hombre, no puedo quejarme. Pero eso no importa mucho, supongo.

—A mí, en absoluto. Bien, ¿entramos?

—Claro. De modo que recobraste el sobre.

—Así es, princesa.

—Bueno, de una vez por todas, dime dónde lo dejaste.

—En una de las bolsas del respaldo del asiento delantero.

April lanzó una carcajada.

—Eres fantástico —dijo—. Pero ¿cómo no lo notaron ellos?

—La verdad es que Braffax no les dio muchas explicaciones. Por otra parte, nos hicieron subir antes que ellos. Los dos que iban delante ni se volvieron. Y los que nos habían sorprendido, estaban más atentos a que yo pudiera sacar un arma que otra cosa. El secuestro sólo podía tener un objeto, así que decidí esconder el sobre.

—Se tragarón el cuento de la alcantarilla —rió la muchacha.

—No es tan disparatado, me parece.

—Oh, claro que no. Bueno, ¿qué contiene el sobre, Darryl?

—No lo sé.

—¿Qué? ¿No lo has abierto?

—Me ha parecido que sería más prudente que lo abriese su dueña. Sea lo que fuere, Carolyn debe verlo la primera de todos. Ella no estaba en condiciones de ir al Banco y por eso le pedí que lo hicieras tú.

—Sí, comprendo —dijo April—. ¿Tuviste dificultades?

—Según se mire. Uno de los tipos de Braffax me siguió y tuve que atontarlo de un puñetazo.

—El coche estaría cerrado, supongo. ¿Cómo lo abriste?

—Otro lo hizo antes que yo. Debió haberse quedado en casa; ahora estaría vivo.

April se detuvo a cuatro pasos de la entrada de la mansión.

—¿Un cadáver...? —tartamudeó.

—Se llamaba Ames Lark. Le partieron el corazón con un bisturí.

—¡Dios mío! ¡Rosamunda! —exclamó la muchacha.

—Sí, seguro. Me tropecé con ella cuando ya alcanzaba el coche.

Corría descuerada mente. Estaba ciega, ni me vio siquiera.

—No puedo creerlo. Rosamunda tienes sus cosas, como todos... Pero convertirse en una asesina... Demasiado, Darryl, créeme.

—Mira, yo no acostumbro a juzgar a la gente por las apariencias, pero Rosamunda corría como si la persiguiesen cien canes rabiosos. Cuando vi a Lark, ya muerto, la sangre aún seguía manando de la herida. ¿Qué diablos quieres que piense? El forense ha declarado que el asesino utilizó un arma muy semejante a un bisturí, si no fue un bisturí propiamente dicho. ¿Lo entiendes ahora, princesa?

—Sí, pero, a pesar de todo...

—En este mundo, ¿quién no tiene algo que ocultar? El comportamiento de Rosamunda es demasiado extraño para que no sospeche de ella.

—Entonces, ¿por qué no tienes una conversación franca con tu sospechosa número uno?

—Ya me gustaría, pero ella no querrá...

—¿Cómo lo sabes, si no lo has intentado?

—Estuve hablando con Rosamunda en una ocasión y sé cómo se desenvuelve.

—Pero entonces no se habían cometido estos crímenes.

—Kenoe ya había muerto.

—Habla con Rosamunda otra vez. Interrógala a fondo. Si es inocente, te contestará sin temor.

—Admiro tu optimismo, pero yo me siento completamente pesimista. De todos modos, ¿por qué no intentarlo?

Finney avanzó dos pasos más y tocó el timbre. Momentos después, aparecía en la puerta el mayordomo.

—Por favor, anúncienos a la señorita Halley —pidió el joven—. Soy el señor Finney. A mi acompañante ya la conoce, creo.

—Sí, señor —contestó el mayordomo—. Tengan la bondad de pasar, se lo ruego.

Aguardaron unos minutos en el vestíbulo. Luego, la propia Carolyn salió a recibirles.

—April, querida, cómo me alegro de verte —saludó. Tendió la mano al detective—. ¿Cómo está, señor Finney?

La mano masculina levantó un instante el sobre.

—Lamento no haberlo podido traer antes —dijo—. Sí, April ya

me contó sus problemas... ¿Cree que debo abrirlo?

—Por supuesto. El propietario, por desgracia, ya no puede impedirlo.

Las facciones de Carolyn se crisparon un momento. Luego hizo un breve gesto.

—Vengan, por favor.

En una salita íntima, Carolyn rasgó el sobre con una plegadora. Luego sacó un grueso fajo de recortes de periódico.

—No hay tales acciones —dijo afligidamente.

CAPÍTULO VII

April llenó las tazas con el café que una doncella había servido. Finney examinó el sobre.

—Lo siento —dijo—. Me imagino la decepción que ha sentido al ver que Gary la engañó, Carolyn. Una persona puede sentirse muy apenada al perder un ser querido, aunque sabe que el tiempo mitigará la pena. Pero, si luego se entera de que depositó su confianza en quien no la merecía, la aflicción es mucho mayor. ¿Me equivoco?

Carolyn asintió con repetidos movimientos de cabeza. Al fin, hizo un esfuerzo para hablar.

—Creo que tendré que ausentarme una temporada del país —contestó—. ¿No dicen que los viajes son el mejor remedio para olvidar?

—Sí, algo de eso hay... Carolyn, dígame, ¿le habló Gary alguna vez de sus dificultades?

Oh, no me refiero a la supuesta herencia... Ahora que ya ha pasado todo, puedo decirle que tengo ciertos informes de Gary nada agradables. Jamás tuvo un pariente del cual heredar, puede creermelo. Pero usted le prestó cien mil dólares, a cambio de la supuesta garantía de los resguardos de unas acciones y, aunque no se arruine, ¡caramba!, tampoco es una cantidad desdeñable.

—No sé qué decirle... Yo vivía como en una nube, sin preocuparme por ciertos asuntos... Me siento profundamente avergonzada; creo que si Gary me hubiese pedido un millón se lo habría dado...

—Su especialidad era sacar dinero a las mujeres ricas. Sabía hacerlo, Carolyn.

—Pero él no dijo nada más, excepto lo referente a la herencia

con problemas. No sé qué contarle, si lo ignoro todo.

—Está bien, no se preocupe. Sospecho que Gary estaba metido en un asunto muy turbio y lo pagó con la vida.

—Darryl, si no te ofendes, me gustaría decirte que ya no tienes nada que hacer en este caso —intervino April—. Carolyn ha perdido su dinero y empieza a recuperarse. La policía se ocupará de los asesinos de Gary.

—En este asunto, princesa —contestó Finney—, toma parte un tipo llamado Braffax, quien asesinó, o hizo asesinar, a una colaboradora mía. Y Braffax, por si no lo recuerdas, está de algún modo relacionado con la muerte de Gary. Conque tengo que seguir adelante, aunque ahora ya no trabaje por cuenta de Carolyn.

—Puede usar mi nombre, si lo cree necesario, y decir que yo le he contratado —declaró la aludida—. También estoy involucrada en este turbio negocio y quiero que se aclare por completo. Cuando termine, pásame su nota de honorarios y se la abonaré íntegramente, señor Finney.

—Muy bien. Y ahora, por favor, dos preguntas, Carolyn.

—Sí, claro.

—Primera: ¿cómo dio a Gary el dinero del préstamo? ¿Un cheque?

—No. Cien billetes de mil.

Finney arqueó las cejas.

—¿Así? —dijo, extrañado.

—El me lo rogó. A mí, ¿qué más me daba?

—Muy bien. Pobre chica, te engañó miserablemente. Ojalá te sirva de lección para el futuro, —pensó—. Segunda pregunta. ¿Ha oído hablar alguna vez de Ames Lark?

—¡El secretario de Gary! —exclamó Carolyn instantáneamente. Finney pegó un bote.

—¡Cómo! ¿Tenía un secretario?

—No lo sabía —murmuró April.

—Bueno —dijo Carolyn—. Era una especie de factótum, ayuda de cámara, secretario particular, administrador de sus bienes... Yo hablé con Lark un par de veces; un sujeto encantador, muy amable y simpático, aunque siempre manteniéndolo en su puesto.

¿Qué le ha pasado al señor Lark?

—Ha seguido a su patrón, aunque tuvo la fortuna de conservar

la cabeza sobre los hombros —contestó el joven.

* * *

—No has estado muy amable con Carolyn —se quejó April cuando salía.

—Me gusta ser sincero. Y aún he callado muchas cosas —se defendió Finney—. Gary la había deslumbrado y fue muy modesto, al pedirle solamente cien mil dólares. Pero si hubiera querido...

—¿La habría desplumado?

—Dentro de un par de años, un divorcio sonado y un millón o dos como indemnización; ése era su objetivo.

—¿Cómo puedes saberlo? —Se enojó la muchacha.

—Conozco la especie, princesa.

—Tal vez por propia experiencia, ¿verdad? —dijo ella sarcásticamente.

—A lo mejor te conquistó a ti y luego saqueó tu cuenta corriente.

April le sacó la lengua.

—Olvídate de mi baldosa —contestó.

—¿Tu baldosa?

—Sí, esa que oculta mi tesoro. No confío en los bancos, ¿sabes?

Finney rió sin estridencias.

—Eres una chica estupenda y me alegra mucho haberte conocido. Un día de éstos te invitaré a cenar —dijo.

—¿Por qué no hoy?

—Tengo un compromiso.

—¿Con una dama?

—Algunos la llaman cosas horribles. Me refiero a Minerva Beurling.

—Ah, esa entrometida...

—Si, la misma.

—No sabía que la conocieras.

—No te lo había dicho hasta ahora.

—¿Es muy intenso el grado de amistad?

—Según se mire.

—Dime dónde he de ponerme para mirar, Darryl.

—En ninguna parte. Te pondrías colorada.

—Ah, vamos, hay un pequeño lío.

Finney abrió la cancela exterior y dejó que ella pasara delante.

—Respuesta denegada —dijo.

—Cuando la invites a una copa, ponle vitriolo concentrado; le sabrá a néctar de los dioses —dijo April furiosa.

Finney arqueó las cejas.

—Diríase que tienes una cuenta pendiente con Minerva —exclamó.

—Una vez publicó algo de mí... Era mentira y, además, una guarrada, pero no quise intentar un proceso de difamación. Me habría costado mucho dinero y, además, hubiera sido capaz de presentar testigos falsos. Te lo digo yo, Darryl, esa mujer es una serpiente con falda. No te dejes morder o acabarás envenenado.

April abrió la portezuela de su coche y se sentó tras el volante.

—Pero hay algunos a los que les gusta el veneno de las serpientes —se despidió, a la vez que arrancaba con brusquedad.

Finney sonrió. Sí, Minerva tenía, a veces, ciertas cosas que le hacían antipática en sumo grado. Pero con él se había portado siempre bien y eso era de agradecer.

Sobre todo, cuando, como ahora, esperaba conseguir nuevos informes sobre cierto personaje, fallecido violentamente la víspera.

* * *

Cuando se disponía a llamar, alguien abrió la puerta. Finney estuvo a punto de tropezarse con un hombre bajito y grueso, al que había visto pocos días antes.

—Hombre, si es doc Rowen —exclamó—. ¿Cómo está usted, ex doctor?

Rowen le miró atravesadamente.

—Fue una calumnia —dijo—. Nunca debieron haberme quitado el título.

—Yo no lo hice. —Finney se puso las manos en el pecho—. Siento un gran aprecio por la profesión médica y... Hola, Minerva —saludó a la periodista por encima de la cabeza de Rowen.

—Pasa, encanto —dijo ella—. Mart, gracias por todo —se dirigió a Rowen.

—No hay de qué, señora. Buenas tardes.

Rowen se marchó. Finney cerró la puerta. Espectacularmente ataviada con un peinador lleno de plumas por todas partes, Minerva se disponía a encender un cigarrillo situado al extremo de una boquilla de cuarenta centímetros de longitud.

—¿Te ha hecho un favor ese ex médico? —preguntó Finney.

—Nos conocemos desde hace tiempo. Se mueve en un ambiente donde ve cosas.

Viene, me cuenta chistes y yo aprovecho sus informes. Anda, sítvete lo que quieras, Darryl.

—Gracias, me conformo con un sorbo de agua.

Ella le miró burlonamente.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto abstemio?

—Oh, no me apetece beber todavía. ¿Por qué expulsaron a Rowen del Colegio de Médicos?

—Algunos quieren aumentar la población del planeta y otros, como Rowen, opinan que hay demasiada gente.

—Ya —dijo Finney.

—Falló con una paciente. Imagínatelo.

—Siento asco, Minerva. He venido a hacerte una pregunta.

Ella enarcó las cejas.

—¿Aún sigues con el asunto de la cabeza enviada como regalo de bodas?

—Sí. Gary Wells-Carslake tenía un secretario. Ames Lark. ¿Lo conocías?

—Psé... Hablé con él un par de veces.

—Supongo que estás enterada de su muerte.

—Aunque soy periodista, leo los periódicos —rió Minerva.

—Comprendo. ¿Qué puedes decirme de Lark?

—¿Por qué no se lo preguntas a Maud Grunick?

—¿Quién es esa prójima?

—A mí me dijo que era su prometida. No tenía motivos para dudar de su palabra.

—¿Crees que era algo más?

Minerva sonrió irónicamente.

—Utiliza la imaginación, sabueso —contestó.

—En los últimos tiempos, los funcionarios de los registros civiles no tienen mucho trabajo —comentó Finney—. Ten mucho cuidado con Rowen —dijo, a la vez que echaba a andar hacia la puerta.

—No te preocupes, no voy a necesitar sus servicios médicos.

Yo no me refería a eso, Minerva. Trabaja con Braffax.

—Lo sabía, Darryl.

—Ah, siendo así...

—He conocido, y conozco, a tipos todavía peores. ¿De dónde crees que saco mis informes?

—Tienes razón. Gracias, dulzura.

Finney se puso un cigarrillo al salir a la calle. Tendría que visitar a Maud Grunick, se dijo.

Pero antes, decidió, era imperativo hablar con la doctora Halley. Rosamunda ocultaba algunas cosas y él quería saberlas.

* * *

Los ojos de Rosamunda chispearon de cólera al verle.

—Usted, otra vez —exclamó.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Finney interpuso el pie.

—No voy a entrar por la fuerza —dijo—. Simplemente, me sentaré y aguardaré hasta que abra.

—Puede que no lo haga nunca.

—Entonces, un día descubrirán mi esqueleto aquí, delante de su puerta.

Pareció que la expresión de Rosamunda se suavizaba un tanto.

—Entre —invitó por fin—. ¿Qué quiere beber?

—Pan, con lechuga, tomate y carne fría.

—Eso no se bebe, se come.

—Es que tengo hambre.

Rosamunda se echó a reír.

—Es usted un tipo muy simpático —manifestó.

—Me lo dicen muchas. En cuanto a usted, es la asesina más bonita que he visto en los días de mi vida.

—Ah, me cree una asesina...

—Sí, pero ¿por qué no hablamos en la cocina?

—Sígame —dijo ella—. ¿Cómo está de apetito?

—Imagínese a un caníbal con el misionero en la olla.

—Sí, debe tener mucha hambre. Está bien, se la calmaré.

Aunque me entran ganas de ponerle veneno en la comida.

—Podría hacerlo; tiene más experiencia que yo.

Rosamunda se volvió rápidamente.

—¡Jamás he envenenado a nadie! —protestó.

—Disculpe, yo lo decía porque tiene costumbre de manejar sustancias químicas.

—Claro. Si piensa que soy una asesina, supone que empleo el bisturí, ¿verdad?

Rosamunda empezó a trastear mientras hablaba.

—¿No me dice nada? —preguntó, en vista del silencio de su invitado.

—Estaba pensando en lo que sucedió anoche. La herida de Lark sangraba todavía.

—Yo no lo hice.

—Corría como si acabase de asesinarlo.

—Lo vi muerto. En eso sí tengo experiencia, señor Finney.

—¿No vio al asesino?

—No. Sin embargo...

Rosamunda se mordió los labios.

—Creo que me pareció oír un ligero ruido al otro lado del coche. Ahora pienso que el asesino pudo ocultarse allí.

—Tal vez —convino Finney—. Pero hay algo que me extraña sobremanera.

—¿Si, Darryl?

—¿Qué hacía anoche en el local de Braffax? ¿Por qué tuvo que ir precisamente a su coche?

Rosamunda puso un plato sobre la mesa.

—Empiece ya. ¿Cerveza?

—Sí, gracias.

Finney arreó un buen bocado el *sandwich*. Ella abrió la lata y se la puso delante. Luego se sentó en el borde de la mesa.

—Alguien está tratando de cargarme los muertos —dijo por fin—. Simplemente fui allí para ver qué podía averiguar.

—¿Consiguió algo?

—No, lo siento.

—Eso no explica su presencia junto al coche de Braffax.

—Fue casual, Darryl.

—No me diga —contestó él, con la boca llena.

—Se lo juro. Yo iba a mi coche. En el de Braffax, un hombre levantó la mano, como si quisiera llamarme. Me acerqué, abrí la

portezuela y vi su herida. El hombre ya no pudo decirme nada. Había luz suficiente; vi que se había empleado un bisturí y eché a correr.

Eso es todo.

—Aún faltan más cosas, Rosamunda.

—¿Por ejemplo?

—¿A qué fue a casa de Pete Kenoe?

El macizo pecho de la doctora palpitó con fuerza.

—Tuve que hacerlo —contestó.

—¿La obligó él?

Ella volvió la cabeza.

—Hace unos años, tuve un lío y quedé embarazada. Perdí el crío a los dos meses.

Tuvieron que asistirme en una clínica. Fue algo natural, no provocado. Kenoe, no sé cómo, había conseguido los documentos relativos a mi caso. Los originales, ¿comprende?

—Y tuvo que pagar para rescatarlos.

—Tengo una posición muy satisfactoria. Podría perderla, Darryl. ¿Quién creería que no provoqué la pérdida del niño? Me costaría el puesto...

—Y a cambio de los documentos, tuvo que estar con Kenoe.

—Lo siento —dijo sordamente—. No tenía otra salida. El estaba loco por mí.

—Hay tipos obsesionados por un tema y no se quedan tranquilos hasta que no lo consiguen —dijo el joven filosóficamente—. ¿Qué más?

—Me levanté relativamente temprano. Fui al baño. Cuando salí, vi a Kenoe muerto. Eché a correr, como puede imaginarse.

—Dejándose el encendedor debajo la cama.

—No suelo fumar, pero aquella noche consumí un montón de cigarrillos. Era la única forma de vencer el asco que sentía de mí misma, rebajándome a actuar como una ramera...

—Basta, no siga. Pero a usted sí se le ocurrió la macabra idea de enviar una cabeza falsa como regalo de bodas.

—Nunca lo he negado. Me sentía muy furiosa con Carolyn. Ya dije que parece una mosquita muerta, pero es más avispada de lo que se cree comúnmente.

—Bueno, son cosas del amor y de la vida. ¿Sabía usted que Lark

era secretario de Gary?

—Sí. Pero yo opino que era otra cosa. Ahora lo veo claro, naturalmente, pero entonces... como muchas, estaba cegada por Gary... Lark era el tipo que investigaba y le proporcionaba informes sobre las posibles presas que podían caer en sus redes.

—Entiendo. —Finney apuró la cerveza y se limpió los labios—. He cenado como un caníbal, Rosamunda. —No era carne de misionero— sonrió ella.

—Una última pregunta más —dijo Finney.

—Sí, Darryl.

—Usted envió una cabeza duplicada. Pasaron tres semanas antes de que Carolyn recibiese la auténtica. ¿Dónde cree que pudo estar Gary todo ese tiempo?

—Yo diría que escondido en casa de Lark.

—Oh... ¿Sabe su dirección?

—Creo que sí... voy a ver mi agenda...

Rosamunda se alejó, volvió a los pocos minutos y le entregó un papel.

—Aquí lo tiene —dijo.

—Doctora, usted justifica plenamente su título. Estaba enfermo y me ha curado.

—¿Enfermo? Yo lo veo sanísimo...

—El hambre es una enfermedad —se despidió Finney, mientras Rosamunda lanzaba una espontánea carcajada.

CAPÍTULO VIII

Estaba tumbado de bruces en el jardín de su casa, con un libro abierto, cuando llegó April y se sentó a su lado.

—¿Es interesante? —preguntó.

—Mucho —contestó él.

—*Apuesto algo a que es el Manual del Perfecto Detective.*

—No. Su título es *Aprenda tibetano en diez lecciones por correspondencia.*

—No se burle de mí —dijo ella—. ¿Ha conseguido algo?

Finney volvió una página y le enseñó un grabado, que había en la siguiente.

—Anatomía del cuello humano —dijo.

—¿Se dedica a estudiar ahora? —preguntó April, sorprendida.

—Rosamunda no mató a Gary.

—¿Cómo lo ha deducido? ¿O se conforma con su palabra?

—Ella tiene poca práctica con el bisturí. Lo suyo es el laboratorio, la investigación. El que lo hizo sabía cómo cortar.

—Los carniceros también saben cortar la carne.

—Pero no suelen cortar cabezas humanas.

—Entonces otro médico...

—Probablemente. —Finney cerró el libro y se sentó en el suelo

—. ¿Qué quiere ahora?

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—No tenía nada que hacer...

—Alguno la calificaría de parásito de la sociedad, April.

—Que me llamen como quieran. Pero trabajó, lo qué sucede, es que estoy de vacaciones.

—¡Trabaja! —resopló él.

—Sí. ¿Tiene algo en contra de la actividad laboral de la mujer?

—Tuve una colaboradora —dijo él melancólicamente.

—Y la asesinaron.

Finney asintió.

—¿Estaba enamorado de ella? —inquirió la muchacha.

—Era una chica vivaz, simpática, desenvuelta... Se hacía querer inmediatamente de todo el que la veía por primera vez... —Finney golpeó el suelo con su puño—. Y ese maldito Braffax, le tendió una trampa y...

—Cálmese —rogó April—. Ya «cazará» a Braffax. Usted no es hombre que pierda fácilmente la serenidad.

—Es que cuando pienso en Lena Carrington, me pongo enfermo. Ella confiaba en mí...

—¿Va a decirme que murió por su culpa?

—Aquel día, yo debí haberme negado a que fuese al lugar donde tenía que recoger unos informes. Sabía que era peligroso y ella también, pero insistió tanto que... Bien, cedí y ya no he vuelto a verla.

—¿Está absolutamente seguro de que fue Braffax?

—Tan seguro como que la tengo a usted aquí, a mi lado.

En aquel instante, a través de la ventana abierta salió el sonido del timbre del teléfono.

April se levantó ágilmente.

—No se moleste, yo atenderé la llamada.

—Actúe como una buena secretaria —aconsejó él.

La joven entró en casa. Finney quedó en el mismo sitio, entrando a sus reflexiones. De repente, vio salir a April, muy excitada.

—Darryl, es una tal Maud Grunick —exclamó—. Dice que tiene que comunicarte algo urgente y que vayas a verla cuanto antes.

—¿Te ha dado su dirección?

April le enseñó un trozo de papel. Extrañada, vio que Finney no hacía el menor ademán para acudir corriendo a la llamada que acababa de recibir.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no vamos ya? —exclamó.

—No mires —contestó él—. Tengo un par de espías toda la mañana. Al otro lado de la calle, en un coche negro en el que tú y yo hemos viajado una vez.

—Si vamos a casa de Maud, nos seguirán...

—Y eso es, precisamente, lo que debemos evitar. —Finney estudió unos instantes a la muchacha—. Llevas falda y... Oye, ¿te importaría hacer una buena exhibición de piernas?

—¡Darryl! —se escandalizó ella.

—Están a unos cincuenta metros, pero tienen prismáticos. Tiéndete en el césped indolentemente, con el libro de Anatomía. Enséñales tus encantos. Así los distraerá.

—No me gusta, pero...

—Y luego, sales con tu coche y ruedas sin prisas en dirección Norte. Diez minutos, ¿entendido?

—Darryl...

—Haz lo que te digo, por favor —pidió él enérgicamente.

—Muy bien, aunque no te comprendo en absoluto.

Finney no contestó. Al cabo de unos segundos, mordiéndose los labios, April se tendió en el césped y se subió la falda, procurando que el gesto fuese enteramente natural.

Después de unas ligeras vacilaciones, fingió que le picaba un muslo y se subió aún más las faldas. Los ojos de Boyd se dilataron al ver aquellas fascinantes piernas femeninas, atractivas como pocas.

—Rayos, qué tía —exclamó.

—¿Pasa algo? —preguntó el otro.

—Está fenomenal...

—A ver, déjame —pidió Coutts.

Los prismáticos cambiaron de mano. Coutts lanzó un silbido.

—Oye, pues es verdad; está como para comérsela...

* * *

Diez minutos más tarde, April se puso en pie, arregló un poco su falda, recogió el bolso y echó a andar hacia la salida. Llegó a su coche, se sentó tras el volante y arrancó.

Apenas había recorrido veinte pasos, un hombre surgió del seto del jardín próximo. April pisó el freno.

Finney se sentó a su lado.

—Ya podemos ir a la casa de Maud —dijo.

—Pero esos tipos han tenido que verte...

Finney sonrió maliciosamente.

—Párate veinte metros más adelante —contestó.

Ella obedeció y se volvió. El coche de los hampones arrancaba en aquel instante. Apenas había recorrido media docena de metros, se detuvo en seco. Luego, algo se rompió y se ladeó hacia la derecha.

—Anda, vamos —rió el joven.

April dio gas nuevamente.

—Darryl, ¿qué ha sido eso? —inquirió.

—Mientras tú les distraías con tus preciosas pantorrillas, yo fui por detrás con una recia sogá y la até al tronco de un árbol y al semieje derecho. La sogá ha resistido, pero el semieje no.

—Eres astuto —dijo la muchacha—. Deberían llamarte Gran Zorro o algo por el estilo.

—Si quieres llamármelo, no tengo inconveniente —respondió Finney plácidamente—. ¿Recuerdas la dirección de Maud?

—Sí, no te preocupes.

Media hora más tarde, April detenía el coche frente a un edificio de apariencia más bien modesta. Finney se apeó y luego agarró el brazo de la muchacha.

—¿No te dio Maud más detalles acerca de lo que quería decirme? —preguntó, cuando ya cruzaban la acera.

—No, Darryl.

Habían tenido que estacionar al otro lado de la calle. De pronto, vieron salir a un hombre del edificio.

El sujeto caminaba muy de prisa. Subió a un coche bastante usado y se marchó de inmediato.

Finney sintió una especie de presentimiento.

—Maldición —dijo.

Y echó a correr.

April le siguió en el acto, sin comprender lo que le pasaba al joven. Momentos más tarde, entraban en el apartamento de Maud.

Había allí una mujer, sentada en un diván, con la mano derecha sobre el pecho y los ojos cerrados. April vio sangre en sus dedos y lanzó un grito.

—¡Cállate! —dijo él crispadamente.

La mujer respiraba todavía. Con mucho cuidado, Finney levantó su mano y contempló la herida, exactamente igual a otra que ya había visto anteriormente.

—April, llama a una ambulancia —ordenó—. Todavía vive.

La muchacha corrió al teléfono. Finney tocó el hombro de la mujer.

—Maud, soy Finney...

Ella abrió los ojos.

—Lo que busca está en el sobre... —dijo con voz que era poco más que un soplo.

Y, de súbito, dobló su cabeza y dejó de respirar.

—¡Darryl! —gritó April—. ¡Han cortado el hilo telefónico!

Finney se puso en pie.

—Ya no importa —dijo—. Está muerta.

April dejó el teléfono sobre, la mesa. Estaba muy pálida.

—Es horrible. —Se mordió el labio—. No sé qué decir...

—Maud sí lo sabía. Por eso la han asesinado. Ahora la duda estriba en saber si se lo dijo también a su asesino.

—¿Qué es, Darryl?

—Algo incomprensible. Lo que busco está en el sobre. Pero el sobre no contenía más que recortes de periódicos... De verdad, no lo entiendo.

—Puede que ella estuviese también engañada con respecto a ese sobre —apuntó la muchacha.

—Sí, es muy posible.

—De todos modos, Maud sabía algo importante. De otro modo, no se concibe su asesinato.

Miró un instante a la muerta. Había sido una mujer joven, agradable, pero aún ahora se advertía que no había tenido demasiado éxito en la vida. El mobiliario era barato y sus ropas eran de serie, muy vulgares.

—Sin embargo, ahora ya sé quién es el asesino —añadió Finney después de una corta pausa.

—¿De veras? —preguntó ella, muy excitada—. Tendrías que informar a la policía...

—Oh, de nada serviría sin pruebas. Me ocuparé personalmente de este asunto.

—Eso significa que vas a verlo.

—Sí, justamente.

—No me gusta, Darryl.

—Tengo que hacerlo, princesa.

—A pesar de todo...

—He de verle —insistió él.

—Muy bien, pero debieras pedir a Nat que te acompañase.

—Oh, esta vez no será necesario.

—No te confíes, Darryl.

—Descuida, tomaré todas las preocupaciones posibles.

Volvió a mirar a Maud.

—¿Qué habrá querido decir con lo del sobre? —murmuró.

—Tal vez ella creía que contenía algo de valor. Seguramente, también estaba engañada —supuso April.

—Sí, seguro —convino él. Agarró el brazo de la muchacha—. Vamos, hay que avisar a la policía.

—¿Le dirás que has visto al asesino?

—Ni soñarlo. Ese tipo es para mí.

April se estremeció.

—Darryl, no uses la violencia —recomendó.

—Sólo lo necesario, descuida —respondió Finney.

CAPÍTULO IX

En la oscuridad, aguardaba pacientemente.

Desde el lugar en que se hallaba, podía ver el resplandor de las luces que iluminaban la fachada del edificio. Sin embargo, dada su posición, no podía verlas directamente, ya que estaba casi en la parte posterior, a pocos pasos de distancia de un automóvil.

Hacía ya rato que aguardaba. El hombre a quien esperaba no podía tardar mucho en llegar.

Tenía que ser él, se dijo. Los crímenes cometidos delataban la mano de un experto.

«Si hubiera pensado antes en ese maldito individuo...», se dijo, rabioso.

Al menos, Ames Lark y Maud Grunick estarían vivos. No habían sido gente especialmente valiosas, pero salvo colaborar en las estafas de Gary, tampoco había cometido delitos de gravedad.

De repente, se le ocurrió una posibilidad. Debería investigarlo, se dijo. Al día siguiente lo haría sin falta. Ahora...

De pronto, oyó pasos sobre el cemento de la explanada. A los pocos segundos, divisó una silueta que se acercaba al vehículo.

El hombre era bajo, regordete y llevaba un portafolios en la mano izquierda. Con la derecha hacía tintinear las llaves del coche.

Finney salió súbitamente de la oscuridad.

—Hola, Doc Rowen.

El hombre se volvió velozmente.

—¿Quién...? Ah, es usted, Finney. ¿Qué quiere ahora de mí, maldito entrometido?

—¿Por qué asesinó a Maud Grunick?

Hubo un instante de silencio.

—¿Maud Grunick? —repitió Rowen al cabo—. No la conozco,

Finney.

—Le vi esta tarde a usted, cuando salía de la casa donde vivía. Maud vivía todavía. Una herida en el corazón es mortal, pero no siempre produce la muerte de manera fulminante. Sobre todo, si el arma homicida es de pequeñas dimensiones, como un bisturí de cirujano, por ejemplo.

El resplandor de una lejana lámpara dio de lleno en la frente de Rowen. Finney le vio sudando a chorros.

—No puede acusarme de nada —dijo Rowen—. Aunque fuese cierto lo que ha dicho, yo lo negaría siempre.

—Maud tuvo tiempo de pronunciar su nombre antes de morir. La policía le preguntará dónde estaba usted a la hora en que fue asesinada Maud. Le encontrarán, por lo menos, un bisturí. Usted ya no puede ejercer como médico. Imagínese el resto.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, de pronto, las llaves del coche tintinearón contra el cemento.

De súbito, Rowen se lanzó contra el joven y atacó brutalmente. Finney sintió el golpe en el pecho.

—Vine prevenido —dijo.

Y agarró la muñeca del asesino.

Empezó a retorcerla lentamente, pero aumentando al mismo tiempo la presión de sus dedos. Ahora podía ver que el sudor corría en regueros por las sienes y las redondas mejillas de Rowen.

—No es un chaleco blindado; para un bisturí, basta con una casera bandeja de metal —dijo—. Y ahora, maldito hijo de perra, dime por qué mataste a Maud, y a Lark, y a Kenoe y por qué tuviste que cortarle la cabeza a Gary Wells-Carsla ke... Habla, condenado, o te romperé todos los huesos uno por uno.

Rowen abrió la boca en una mueca de terror.

—Yo no quería...

El bisturí cayó al suelo.

—No querías —rió Finney agriamente—. Como el chiquillo que rompe un cristal de una pedrada. No quería hacerlo, pero el cristal está roto. Sin embargo, tú no eres un chiquillo...

Rowen lloraba.

—Me obligó...

—¿Quién?

En las tinieblas, a pocos pasos, brilló el rojo lancetazo de un

disparo. Rowen lanzó un grito de agonía.

Finney saltó lateralmente con tremendo impulso, cayó de un costado y rodó varias veces hasta ganar la protección de un automóvil. Mientras se movía, escuchó más disparos.

Desde donde estaba, vio a Rowen desplomarse sobre el cemento. Oyó claramente el estremecedor ruido que hacían sus uñas al arañar convulsivamente la dura superficie.

Luego percibió el rugido de un motor que arrancaba a toda velocidad.

Se puso en pie de un salto. El coche se había puesto en movimiento con las luces apagadas. Cuando las encendió, estaba ya en la avenida, demasiado lejos para que Finney pudiera ver a su conductor.

Lentamente, se acercó al caído. Rowen había dejado de moverse.

Sonaban gritos en las inmediaciones. Uno de ellos, resultó especialmente sorprendente para el joven.

—¡Darryl! ¡Darryl!

Finney respingó. April se hizo visible súbitamente, corriendo desolada hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó ella ansiosamente.

De pronto, vio el cuerpo tendido en el suelo y lanzó un chillido.

—No te preocupes —dijo Finney.

—¿Quién es?

—Era un ex médico. Alguien le cerró la boca a tiros. —¿No será la pelirroja?— dijo April.

—¿Una pelirroja? —repitió él, intrigado.

—Sí. La vi cuando salía del estacionamiento a toda velocidad en su coche. Yo corría hacia aquí...

—Tenía el pelo rojo.

—Muy rojo, Darryl.

Finney miró hacia los luminosos de la fachada.

—Es posible —convino.

De pronto, April, que seguía casi abrazada, notó algo duro en el pecho del joven.

—Darryl, ¿qué llevas ahí? —exclamó.

—Protección contra los bisturíes —sonrió él.

La gente empezaba a aglomerarse. Ya se percibía el sonido de la sirena de un coche de patrulla.

April volvió a palpar el coche de Finney.

—Una bandeja —resopló.

—Gracias a ella estoy vivo —contestó el joven.

* * *

Al día siguiente, cuando se disponía a llamar a una puerta, oyó rumor de voces femeninas, una colérica, la otra burlona. Atraído por la curiosidad, hizo girar el pomo y abrió una rendija.

—Le digo que no tengo esos documentos... —protestó Minerva.

—Maldita chantajista. Los tiene, sé que los guarda aquí. Démelos inmediatamente o...

—¿O qué? —se burló la periodista—. ¿Piensa pegarme?

El chasquido resultó muy fuerte. «Una monumental bofetada», pensó Finney, a la vez que empujaba un poco más a la puerta.

Minerva yacía en el suelo, con la falda a la cintura. La otra se inclinó, agarró a la periodista por los brazos y la hizo ponerse en pie.

—¡Déme los documentos; no quiero perder más tiempo! —vociferó la mujer.

Finney se sentía pasmado. ¿Qué hacía allí la doctora Halley?, se preguntó.

—Le digo que no...

Minerva no pudo continuar. Rosamunda le asestó otra tremenda bofetada que la tiró contra la pared. Luego la agarró por los cabellos y empezó a golpearle la cabeza en el muro.

—Estoy dispuesta a ir a la cárcel para toda mi vida, pero tú no lo verás para contarlo —dijo Rosamunda, al borde de la locura—. Quiero los documentos ahora mismo...

—¡Basta, basta! —gimió Minerva—. Se los daré...

Rosamunda retrocedió un paso. Tambaleándose, con la nariz sangrante, Minerva fue a una consola y abrió un cajón. Finney vio que tocaba un resorte situado en la parte inferior. Seguramente, un comportamiento secreto, se dijo.

Minerva, sacó un sobre y se lo entregó a la doctora. Rosamunda examinó rápidamente su contenido y luego lo guardó en el bolso.

—Escúchame, miserable chantajista —dijo—. No se te ocurra publicar nada de esto, no hagas el menor comentario o vendré un

día con un litro de vitriolo y te lo echaré por encima de ese hermoso pelo rojo que tienes. Si por culpa tuya he de perder mi reputación, tú perderías algo infinitamente más valioso. ¿Me has entendido?

Minerva parecía completamente derrotada. Rosamunda la agarró por un brazo y la hizo girar en redondo.

—Conque querías diez mil dólares por tu silencio, ¿eh? Voy a darte algo que los vale, no lo dudes.

Levantó el pie y Minerva salió catapultada con tremenda violencia. Chocó contra un butacón, lo volcó y quedó en el suelo, gimiendo sordamente.

Rosamunda giró en redondo. Entonces vio al joven.

—Tiene usted un genio endiablado, doctora —comentó Finney.

Ella se atusó el pelo con gesto nervioso.

—Es una zorra repugnante —repuso—. Por lo visto, no tiene bastante con sus ingresos; necesita hacer chantajes, a base de los informes que consigue mediante su profesión.

—Y consiguió aquellos documentos que usted me citó un día.

—Fotocopias. Kenoe me engañó.

—El mundo está perdido —filosofó el joven—. Ya no hay honor ni entre los ladrones. Y quien dice ladrones, dice también gente de mal vivir.

—¿Tuvieron honor alguna vez?

Rosamunda echó a andar hacia la puerta. De pronto, se detuvo.

—¿Es usted amigo de esa mujerzuela?

—No puedo negar la evidencia, doctora.

—No es amigo. De otro modo, me habría impedido pegarle...

—Todos necesitamos una lección, de cuando en cuando.

Los ojos de Rosamunda chispearon.

—Tengo carne de misionero —dijo.

—A lo mejor, esta noche voy a comerme una pantorrilla. ¿Es tierna esa región anatómica?

—Habrá dos pantorrillas.

—Como dicen los pilotos cuando reciben un mensaje en vuelo, «Roger». Que quiere decir: «Enterado».

Rosamunda volvió a taconear. Finney sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Luego buscó una silla, se sentó a horcajadas y aguardó pacientemente.

Al cabo de un rato. Minerva se puso en pie. Tenía los labios manchados de sangre y en torno a su ojo izquierdo se veía un círculo encarnado. Más tarde, se volvería de color violeta, adivinó Finney.

—Gracias por la heroica defensa —dijo Minerva amargamente.

—En los pleitos entre mujeres, suelo ser neutral. De otro modo, el que pierde siempre es el hombre.

—Voy al baño. Cuando salga, no quiero verte, Darryl.

—Te aguardaré aquí.

—Es inútil...

—Anoche, alguien vio huir a una pelirroja, apenas muerto el ex doctor Rowen.

—Yo no era...

—Sí. Lo hiciste tú —acusó Finney glacialmente.

—Estás loco, Darryl. ¿De dónde te has sacado esa absurda historia? —barbotó Minerva.

—Tú le obligaste a matar a tres personas, empleando para ello un bisturí. Por alguna parte, en esta casa, hay un compartimento secreto, donde guardas multitud de informaciones sobre personas que están o han estado en situaciones comprometidas.

Ésa es tu profesión: conseguir informes. Sólo hay periodistas honestos, que no los utilizan en su propio provecho. Tú perteneces a la otra especie.

—Supongamos que sea cierto, en el caso de Rowen. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Por venganza, despecho y celos.

Minerva rió despectivamente.

—¿Celos? ¿De quién, pedazo de tonto?

—Primero, de la doctora Halley, quien anduvo una temporada con el irresistible Gary Wells-Carslake. Cuando creía que iba a casarse con él, apareció Carolyn Hutton y Gary consideró que éste era el mejor botín que podría soñar en su larga carrera de conquistador profesional.

»Pero hay algo que yo no sabía hasta hace poco, hoy, concretamente. Tú estabas casada con Gary. Eras su cómplice en todos estos asuntos de mujeres ricas y engañadas. Pero Gary topó al

fin con la mujer ideal, Carolyn Hutton. Entonces pensó que era un “golpe” que merecía la pena. Incluso puede que pensara convertirse en un sujeto decente y dedicarse de lleno, para siempre, a su futura esposa. Ya no más devaneos, no más aventuras amorosas; sólo Carolyn y para la eternidad. Pero tú no podías soportarlo, lógicamente.

—Y lo asesiné y luego envié su cabeza a Carolyn, ¿verdad? —rió la periodista.

—No, no crecí que tú dices muerte a Gary. Pero sí había otros que sí conocían este asunto, empezando por Pete Kenoe. Y entonces utilizaste al doctor Rowen, para deshacerte de las personas que podían poner en peligro tu situación, con lo que, además, te vengabas de Rosamunda, haciéndola aparecer como culpable. De Carolyn ya te había vengado otro, cortándole la cabeza a Gary. Pero Kenoe conocía muchos de tus secretos, y lo mismo Ames Lark y su mujer o lo que fuese. Muertos, con un bisturí. ¿En quién pensar, sino en Rosamunda Halley?

CAPÍTULO X

Finney calló unos instantes. Casi con pena, contempló a la periodista, que ofrecía un aspecto patético, con el pelo desordenado y el rostro visiblemente marcado por los golpes recibidos. Era la estampa viva de la desmoralización.

—Darryl... —Minerva rompió al fin el silencio con voz trémula—. Tengo algo de dinero ahorrado... Deja que me marche...

—¿Qué harás si accedo?

—Me iré muy lejos... Te lo juro, nadie me verá más por aquí...

—Entonces, admites que forzaste a Rowen a cometer esos asesinatos.

—Sí.

—¿Tenía más secretos el ex doctor?

—Varias asistencias a pistoleros heridos, sin avisar a la policía. Tengo un par de testigos y me lo declararon por escrito.

—Vaya, seguía gustándole la profesión.

—¿Recuerdas el asalto al Commercial Trust? Murieron dos empleados y un policía y los bandidos se llevaron casi trescientos mil. Uno de ellos resultó gravemente herido. Rowen lo curó, hasta que estuvo en condiciones de salir del país.

—Un motivo más que suficiente para bailar al son que tú le tocases. Pero cuando me viste con él, cuando te diste cuenta de que ya iba a ceder, le pegaste cuatro tiros.

—Hombre, no iba a permitir que soltase lo que sabía.

Finney frunció el ceño. Acababa de captar el cambio de tono de Minerva. Ella empezaba a mostrarse ya más segura de sí misma.

Simuló ignorancia.

—¿Sabes algo respecto a un sobre que tu esposo secreto entregó a Carolyn? —preguntó.

—No tengo la menor idea —contestó la periodista.

—¿Quién lo mató?

—Tampoco lo sé.

—¿Braffax?

Minerva hizo un gesto ambiguo. Se atusó un poco el pelo y se acercó a una consola con botellas.

—Necesito un buen trago —dijo.

Tocó una de las botellas y luego, de pronto, abrió uno de los cajones y sacó un revólver.

Finney estaba prevenido. Al lado tenía un pedestal, con un artístico jarrón. Cuando Minerva empezaba a volverse, empuñando el arma, el jarrón voló por los aires y alcanzó de lleno su antebrazo.

Se oyó un fuerte estallido. El jarrón se deshizo en multitud de fragmentos. Minerva lanzó un aullido de fiera.

El revólver se había desprendido de sus dedos. Quiso recobrarlo, pero el pie de Finney llegó antes y lo envió debajo de la consola.

Minerva pareció enloquecer, revolviéndose como una fiera rabiosa. Sus ojos amenazaban con salir fuera de las órbitas y sus uñas buscaron furiosamente los ojos del joven. Finney se dijo que no podía actuar con remilgos. Disparó el puño izquierdo y lo hundió en el estómago de la periodista. Minerva lanzó un gemido y se dobló sobre sí misma, agarrándose el vientre con ambas manos. Luego cayó de rodillas, boqueando ansiosamente en busca del aire que le faltaba para sus pulmones.

Finney la miró con pena. Luego se acercó al teléfono, lo levantó y marcó el número de la policía.

* * *

Rosamunda llenó un vaso alto, añadió un par de cubitos de hielo y se lo entregó al hombre que estaba sentado en el diván, con los pies encima de la mesita auxiliar.

—He oído la noticia por la radio —dijo.

—Sí, ya está encerrada. Lo siento, hubo un tiempo en que fue buena amiga mía.

—¿Cuánto? —preguntó ella maliciosamente.

—Alguna vez cenamos... carne de misionero.

Rosamunda lanzó una risita.

—Es guapa —elogió.

—Menos que tú.

—No me des coba. Darryl. Me estoy haciendo vieja y pronto tendré el delicioso perfil de una ballena embarazada.

Finney la miró críticamente. Rosamunda llevaba puesto un vestido muy escotado y los senos, exuberantes, macizos, parecían ir a reventar la tela en cualquier instante.

—No arrojes piedras a tu propio tejado —dijo.

—Es de vidrio, muy frágil.

—Por eso, debes tener más cuidado.

Ella se puso seria de pronto.

—Lo dices por lo que sucedió...

—Sí. Sinceramente, sí.

—Por lo visto, no admites que una persona pueda equivocarse.

—¿Cómo que no? Lo que estoy haciendo es decirte que recuerdes tus errores, para no volver a cometerlos.

Rosamunda pareció quedarse pensativa.

—Eso sí es razonable —convino—. Pero si una va al hospital y luego alguien roba la documentación y trata de hacer uso de ella...

—No me refería a ese desdichado asunto, sino a que puedas encontrarte un día con un tipo como el difunto Gary. Tenlo presente en todo momento.

Ella se puso colorada.

—No me lo recuerdes —se lamentó.

—¿Te sacó dinero?

—Diez mil...

—Apuesto algo a que te dio garantías de unas acciones.

—Pues, sí... ¿Cómo lo sabes?

Finney soltó una risita.

—Era uno de sus trucos favoritos —contestó—. No existen tales acciones.

—Vaya —resopló la doctora—. Nunca me hubiera figurado...

—Debiste habértelo figurado —dijo él—. En fin, si aprovechas la elección, no habrás perdido del todo ese dinero.

De repente, llamaron a la puerta.

Finney se puso en pie de un salto. Rosamunda le miró, alarmada.

—¿Esperas a alguien? —preguntó el joven.

—No, en absoluto... Voy a ver quién es...

Un potente vozarrón atravesó la puerta:

—Abre, Darryl; soy yo.

Finney respiró.

—No hay que preocuparse; es Elkton, uno de mis colaboradores. El mejor, sin duda.

Atravesó la sala, abrió y se encontró con un singular espectáculo.

—¿Qué es esto, Enano?

Elkton sostenía por el cuello de la chaqueta a un hombre, que aparecía desvanecido. En la mano izquierda tenía un rifle.

—Se había apostado al otro lado de la avenida y esperaba el momento de utilizarlo —contestó Elkton, a la vez que señalaba la ventana situada tras el diván.

Rosamunda se sentía atónita. Finney se inclinó, agarró los cabellos del sujeto y le hizo levantar la cabeza.

—Hay algunos que no escarmientan nunca —murmuró—. Rosamunda, te presento al Enano, alias Nat Elkton. Nat, la doctora Halley.

—Hola, «matasanas» —saludó Elkton jovialmente.

—Hola —dijo Rosamunda.

Boyd empezó a reaccionar. Finney sonrió.

—Enano, hazle una demostración con el rifle —dijo.

Elkton sonrió anchamente.

—Claro, Darryl.

Boyd estaba ya sentado en el suelo y se frotaba la nuca, en el lugar donde había recibido el golpe. Mientras, Elkton vaciaba de balas el rifle.

Luego lo empuñó con ambas manos. Se concentró unos instantes y empezó a hacer fuerza. Segundos más tarde, el cañón del arma empezó a curvarse.

Rosamunda, incapaz de tenerse en pie, se sentó. Boyd tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Suficiente, Enano —dijo Finney.

Elkton se relajó. El cañón se había doblado en un ángulo de unos 160.º. Ahora, Boyd sudaba de miedo.

—Escuchen, yo no quería matar a nadie... El jefe me dijo que sólo tenía que darle un susto...

—No te molestes en darnos explicaciones —atajó Finney—. Lárgate y no vuelvas a intentar nada contra mí o le diré a mi amigo que te arranque los brazos y las piernas uno a uno.

Boyd huyó, lleno de pánico. Rosamunda, aliviada de sus temores, soltó una carcajada.

—Pobre hombre...

—No le compadezcas. Su profesión es hacer daño a la gente. Y no me creo demasiado que sólo quisiera darme un susto, pero, por fortuna, el amigo Nat merodeaba por las inmediaciones y me ha salvado el pellejo.

Rosamunda miraba fascinada al gigante. Elkton sonreía de un modo especial.

—Nat —dijo Finney.

—¿Sí, Darryl?

—¿Te gusta la carne de misionero?

—No la he probado, pero conocí a un caníbal que aseguraba era lo mejor del mundo.

Finney le dio una palmadita en la espalda.

—La doctora te preparará un buen plato de carne de misionero —dijo.

Rosamunda agitó una mano.

—Venga a la cocina, señor Elkton —invitó.

—Me llamo Nat —dijo el gigante.

—Muy bien. Tú, Nat; yo, Rosamunda.

Elkton se volvió hacia el joven.

—¿Debo lanzar el grito de Tarzán?

Finney sonrió, mientras se escurría hacia la puerta. Cuando salía, pensó que Elkton le había salvado también de otro percance. Y, qué diablos, quizá era el hombre que verdaderamente necesitaba Rosamunda...

Silbando alegremente, con las manos en los bolsillos, se encaminó en busca de su coche.

CAPÍTULO XI

Estaba solo en el fuerte. Era el único superviviente. Bajo la desgarrada bandera, que ondeaba al viento, se dispuso a defender cara su vida, con dos revólveres en la mano, ante los indios que ya se disponían, a lanzar su última y definitiva carga.

Entonces, sonaron los clarines de la caballería que acudía en auxilio del fuerte asediado.

El trompeta se acercó más y más, hasta que le metió casi el instrumento por la oreja.

Despertó, sobresaltado. April estaba junto a la cama, con una grabadora, puesta en reproducción y a la máxima potencia sonora.

—Vamos, hombre, ya es la hora de ponerse en pie y abandonar la holganza —exclamó.

Finney se sentó en la cama, frotándose los ojos.

—Apaga ese maldito cacharro —rogó.

Ella desconectó la grabadora.

—Es la banda sonora de *La Diligencia*...

—Al cuerno las diligencias, los indios y los soldados de Caballería.

—¿También yo?

—Mujer, tú... Por cierto, ¿qué hacer aquí a estas horas?

—¿Te parece temprano?

Finney consultó su reloj.

—Evidentemente, no —suspiró—. Son las once y... Voy al baño; ¿quieres hacer un poco de café?

—Si, lo necesitarás —contestó ella.

—No me he emborrachado —se defendió él.

—Pues lo parecía...

—Estuve pensando mucho rato. Me dormí casi al amanecer.

—¿Pensabas? ¿En qué?

—Hay un punto no aclarado de este caso. Todos los asesinatos han sido resueltos, menos uno.

—¿El de Gary?

—Sí.

April sonrió.

—Puede que yo te traiga la solución —dijo.

—A ver, habla...

Ella extendió un brazo.

—¡Al baño! —ordenó.

Finney se metió bajo la ducha. Veinte minutos más tarde, vestido y convenientemente aseado, se sentó en la barra de la cocina.

April llenó tu taza. El tomó un par de sorbos y luego la miró inquisitivamente.

—Desembucha, princesa —pidió.

—Verás, ayer... Si no te importa, empezaré por el principio.

—Todas las cosas requieren principio. Sólo que algunas no tienen final.

—Una sentencia admirable —exclamó la muchacha—. Tu nombre pasará a la posteridad, como el del mayor filósofo del siglo xx, pero también el más tonto en cuanto a lo que se refiere a una investigación policial.

—Hombre, no soy tan malo —se defendió él.

—Depende de los puntos de vista —dijo April—. ¿A que no se te ocurrió averiguar dónde había comprado Rosamunda la cabeza falsa de Gary?

La taza iba a la boca de Finney, pero se quedó a mitad de camino.

—Atiza —murmuró—. Tienes razón...

April se tocó la frente con el índice.

—Yo también sé pensar. La cabeza falsa era de cera. ¿Dónde la habían fabricado? ¿Qué persona o personas hay en la ciudad, capaces de reproducir fielmente las facciones de un hombre?

—Hay un Museo de Figuras de Cera...

—Exactamente.

Finney se agarró a la barra con ambas manos.

—Y has estado allí.

—Sí, señor.

—¿Qué has averiguado?

—Bueno, verás... Cuando llegué a esa conclusión, pensé que lo mejor sería darse una vueltecita por el museo. Fui allí, saqué el billete, recorrí algunas salas y luego, cuando se hubo paseado una fuerte oleada de visitantes, me acerqué a uno de los guías.

—Y le hiciste hablar.

—Mediante un estipendio, que estimuló poderosamente sus deseos de conversación.

Ten en cuenta que, después de hablar y hablar durante horas a los visitantes, lo que un guía quiere es silencio.

—Te abonaré el dinero que le diste...

—Ya lo añadirás a tu minuta de honorarios y luego me lo devolverás.

—¡Pero si éste es un caso que corre por mi cuenta!

—Olvidas a Gary, hombre.

—Eso ya está resuelto. No lo encontré y a Carolyn le enviaron su cabeza por dos veces, auténtica la segunda. Pero, por lo que más quieras... —Finney juntó ambas manos en ademán de súplica—. Habla de una vez, princesa...

—Está bien. La cabeza falsa se hizo allí, en el museo. Hay artistas, claro, pero todos ellos son dirigidos por con conocimientos anatómicos. Un médico, por ejemplo.

—¿Quién es?

—Era. Su nombre figura en los rótulos de la entrada, como asesor científico. Pero con una ligera variante. Me lo dijo el guía; había sido de él, añadir una S. Por lo visto, dijo que Rowen parecía más distinguido.

—¡Rowen! —exclamó Finney.

—El mismo.

—Sí, pero aún pude averiguar más cosas.

Finney se pasó una mano por la frente.

—A mí me va a dar algo... No puedo soportar esta incertidumbre. Si no me lo cuentas pronto todo, me moriré...

April sonreía satisfecha.

—Pues para ser mi primer caso, no lo estoy haciendo del todo mal —dijo—. Incluso estoy pensando en dejar mi actual profesión.

—¿En qué trabajas? —preguntó él.

—Relaciones públicas de la
World & National
Travels. Una agencia de viajes...

—La conozco, April.

—Si quieres viajar al Polo, nosotros te preparamos todo lo necesario. Si te apetece darte una vueltecita por el Himalaya, nosotros...

—¡Basta! —rugió Finney—. No me hagas propaganda de tu agencia. Dime qué más has averiguado. O te echaré las manos al cuello y...

—Sé el nombre del accionista mayoritario del museo.

—¿Quién es?

—Braffax.

Hubo un momento de silencio.

—De modo que él... —murmuró Finney.

—Pero eso no es todo —continuó April—. Hay un detalle mucho más revelador, algo que muy pocos saben, Darryl. Agárrate bien, porque la noticia te puede tirar de espaldas.

Braffax es supervisor del museo, sólo que su nombre no aparece en ninguno de los documentos: oficialmente, sólo es el accionista mayoritario. Si supervisa las actividades del museo, es para que las reproducciones artísticas sean hechas con la mayor fidelidad posible.

—Ese tipo no tiene nada de artista, me parece.

—Puede que no, pero es médico.

Finney se quedó sin respiración.

—Braffax se graduó hará unos veinte años y sólo ejerció durante dos. Luego empezó a curar a tipos con problemas con la policía, le gustó el asunto, porque se ganaba más dinero, y acabó siendo uno de los jefes del hampa en la ciudad. Esto, claro, no me lo dijo el guía; lo he deducido yo. Pero sí me dijo que Braffax tiene el título en regla —concluyó April.

—Eres fantástica, princesa. Me dan ganas de nombrarte directora de la agencia...

—Soy un poco más modesta —contestó la muchacha—. Bien, a partir de aquí, el resto es tuyo.

Finney meditó unos instantes.

—April —dijo al cabo—, ¿qué te parecería una visita al museo?

—Es lunes. Está cerrado.

—Mejor todavía. Siempre hay gente para la limpieza y podemos hacer que Braffax acuda allí con cualquier pretexto.

—Supongo que va al museo. ¿Qué le dirás?

—Le acusaré de haber decapitado a Gary. Y procuraré averiguar también dónde está el cuerpo de Gary y el de Lena Carrington.

—¿Tienes alguna idea de cómo conseguirlo?

El teléfono sonó en aquel momento. Finney abandonó la cocina y fue a la sala. Era Rosamunda.

—Darryl, ¿puedes venir inmediatamente? —rogó la doctora Halley—. He encontrado el sobre que me dio Gary.

—¿Hay algo?

—Ven y lo sabrás.

—April está conmigo...

—No importa. Puede venir contigo. Pero pronto, por favor.

* * *

Rosamunda abrió el sobre y sacó de su interior cien billetes de mil dólares.

—Cuando los vi, me quedé estupefacta —declaró.

Finney y April no se sentían menos asombrados.

—¿Cómo se te ocurrió...? —preguntó él.

—Bueno, tú me hablaste de un sobre con recortes de periódicos. Lo recordé esta mañana, después de que Nat se hubo marchado.

Finney alzó las cejas. Rosamunda se puso colorada.

—Bueno, sí, ha estado aquí, conmigo —admitió de mala gana—. Es un hombre maravilloso y creo que él y yo...

—Sí, seguro, es el hombre que necesitas —sonrió Finney—. Pero sigamos hablando del sobre, Rosamunda.

—Bien, ya lo he dicho. Lo abrí y me encontré nada menos que con cien mil dólares.

—Esto es incomprensible. ¿Cómo vino a parar este sobre a tus manos?

—Me lo dio Gary. Fue poco antes de la ruptura. Ya se había comprometido con Carolyn, pero aún lo mantenían en secreto.

—Sin duda, quería que lo considerase como una especie de indemnización —intervino April.

—Eso es lo que yo he pensado —contestó Rosamunda—. Pero se lo devolveré a Carolyn; le pertenece y yo ya no me acuerdo de Gary.

Finney sonrió. Elkton, sin duda, tenía mucho que ver con ello.

—Pero eso no es todo —añadió la doctora—. Yo tenía el sobre guardado en uno de los cajones de mi mesa de trabajo. Al abrirlo, me di cuenta de que había algo más. ¡Mirad!

Rosamunda había rasgado el sobre por tres de sus lados, de modo que se podía abrir en dos hojas iguales. Era de papel muy fuerte y de color claro. En una de las hojas había una especie de bolsillo hecho con una tira del mismo papel y pegado al interior del sobre.

El bolsillo tenía una solapa. Rosamunda la levantó, introdujo dos dedos y sacó un trozo de celuloide.

—No sé lo que es, pero me imagino que es lo que Braffax estaba buscando con tanto ahínco —dijo.

CAPÍTULO XII

El hombre asomó por la puerta y miró con ojos irritados a los visitantes.

—No se puede pasar; hoy no es día de visita —dijo.

Finney le enseñó un billete de veinte dólares.

—Estamos citados en señor Braffax —sonrió.

—Bueno, pero...

—Braffax lo sabe. Ante, váyase a almorzar por ahí y no renga prisa en volver.

El empleado remoloneó un poco, pero acabó por abrir.

—Puede costarme el empleo —gruñó.

—No le pasará nada, se lo garantizo —dijo Finney.

El billete cambió de manos.

—¡Qué diablos! Ahora no hay nada que hacer...

Salió del museo y se encaminó a un restaurante cercano. Finney y la muchacha cruzaron el umbral.

—¿Fue aquí? —murmuró April.

El museo, a media luz y sin el rumor de los visitantes que recorrían las salas, parecía doblemente impresionante.

—En alguna parte debe de haber un taller, donde construyen las estatuas y los trajes que las visten, además de los muebles y demás, elementos de la decoración —contestó Finney.

—O sea, lo hicieron allí...

—Braffax no lo dirá.

Avanzaron lentamente. Poco después, llegaban a la Cámara de los Horrores, donde estaban representados todos los instrumentos de tortura y de muerte. De pronto, Finney se detuvo ante la guillotina.

Era María Antonieta la que figuraba en el conjunto de estatuas

que representaban el momento de su ejecución. La escena poseía un realismo estremecedor.

De pronto, Finney creyó ver algo conocido en el rostro de la infortunada reina de Francia. Uno de los ayudantes del verdugo, un hombre joven y bien parecido, apoyaba su mano en el brazo de María Antonieta, como si se dispusiera a ayudarla a tenderse en la tabla fatídica.

—Es horrible —murmuró April, sacudida de repente por un violento escalofrío.

—Ayer estuviste aquí —le recordó él.

—Sí, pero la cosa era distinta... Había gente, más luces, una tenue música de fondo, voces... Ahora estamos solos...

—Eso es lo que se creen —sonó de repente una voz irritada.

Finney agarró la mano de April.

—Cálmate —dijo.

Ella le miró angustiada.

—¿Braffax? —susurró.

—Sí.

—Sí, soy yo, ¡qué diablos! —exclamó el aludido coléricamente—. ¿Qué les pasa? ¿Tanto miedo me tienen, que no se atreven a volverse?

—No; es que nos gusta ver la escena de la ejecución de María Antonieta. Está muy lograda, ¿sabe?

—¿Verdad que sí? No puedo presumir de que los vestidos sean auténticos, pero sí de que han sido reproducidos hasta los más mínimos detalles —dijo Braffax con la voz rebosante de orgullo.

—¿Y los rostros? ¿Qué me dice de los rostros?

—Están reproducidos de retratos de la época.

—Menos uno.

—¿Cuál, por favor?

—El de la propia reina.

Hubo un momento de silencio. Luego, Braffax dijo:

—Bueno, no se puede pretender una fidelidad absoluta. Lo que interesa más bien es el conjunto de la escena, la expresión de los personajes...

—Y la autenticidad de la hoja de la guillotina.

—Es cierto. Funciona maravillosamente.

—Lo sé. Gary podría decir algo si viviese, ¿verdad?

April se puso tensa.

—Lo ha adivinado —dijo Braffax.

—El forense declaró que la decapitación había sido efectuada por un experto, dada la limpieza del corte. Pero también encontró rastros de narcóticos en los vasos sanguíneos de su cerebro.

—No tomó todo el narcótico. Se dio cuenta y escupió la mayor parte. Algo, supongo, pasaría a la sangre y fue lo que halló el forense.

—De modo que Gary fue a la guillotina consciente.

—Sí.

—¿Por qué, Braffax?

—Primero, me debía un montón de dinero y no quería pagarme.

—¿Por qué no esperó a que hubiera casado con Carolyn Hutton? Le habría devuelto el préstamo o lo que le debía por pérdidas en el hipódromo.

—No, yo sabía que ya no recuperaría el dinero. Pero hay más todavía; Gary me quitó algo muy importante y el grandísimo cerdo quiso hacerme chantaje.

—Cosa que usted no toleró, por supuesto.

—Lo tuve tres semanas encerrado en el sótano. Siempre me daba la misma respuesta.

Estaba en el sobre. Sí, ese que usted se llevó...

—Lo que buscaba tan afanosamente estaba en un sobre, ciertamente, pero no en el que Gary entregó a Carolyn. También dio otro a la doctora Halley.

Braffax se puso rígido.

—¿Es cierto eso?

—Rigurosamente cierto. Por eso le cité aquí, después de que la doctora Halley me hizo entrega de los negativos contenidos en un sobre que ella había abierto hoy por primera vez.

—Finney, tendrá que darme esos negativos —dijo Braffax rabiosamente.

—No.

—Tengo una pistola en la mano. Démelos o...

—Es tarde. Ya están en poder de la policía.

Braffax lanzó un aullido.

—¡No! Usted no puede hacerme una cosa semejante... iré a presidio para el resto de mis días...

—Eso es, exactamente, lo que deseo —contestó el joven.

De súbito, saltó hacia adelante y asestó un terrible manotazo a la figura que representaba al ayudante del verdugo.

La estatua de cera cayó y su cabeza se rompió en varios pedazos. April vio que estaba hueca.

Pero el cuerpo no era hueco. Había una capa de cera que ocultaba algo que despedía un hedor insoportable.

Antes de que pudiera reaccionar, Finney asestó otro furioso manotazo a María Antonieta. Y también la estatua se rompió y se resquebrajó por numerosos puntos y dejó ver lo que había en su interior. Y el hedor se hizo insufrible.

April lo comprendió en un instante y se sintió acometida por unas violentísimas arcadas.

Durante unos segundos, se sintió incapaz de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

* * *

Finney retrocedió.

Aunque estaba preparado para algo semejante a lo que acababa de ocurrir, aquello, sin embargo, superaba a cuanto hubiera podido imaginarse. También sintió una repugnancia infinita, sobre todo, cuando vio que a uno de los dos cadáveres, ya en avanzado estado de putrefacción, le faltaba la cabeza.

Braffax lanzó un aullido inhumano.

—¡Le voy a matar, Finney!

El joven se volvió. En el mismo instante, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera golpeado dos cocos.

En realidad, eran dos cráneos. Elkton, moviéndose como una sombra, había aparecido tras los inseparables acompañantes de Braffax y, agarrando sus cabezas, las había hecho entrechocar con un movimiento simultáneo de sus manos.

Boyd y Coutts doblaron las rodillas y se desplomaron sin un solo gemido. Braffax oyó el ruido, se volvió y, durante un instante, permaneció indeciso, sin saber qué hacer.

Finney saltó hacia él y le golpeó en la mano, arrancándole la pistola, que voló por los aires. Braffax, terriblemente enfurecido, le golpeó de revés con la mano izquierda.

El joven retrocedió. Braffax parecía haber enloquecido y se arrojó sobre Finney, tratando de alcanzarle con las dos manos. Buscaba su garganta y Finney dio un paso lateral, a la vez que descargaba su puño izquierdo.

El avance de Braffax quedó contenido. April, a unos pasos de distancia, contemplaba la escena con ojos de horror.

Finney atacó de nuevo. Esta vez, su golpe iba dirigido al mentón de su adversario, pero Braffax esquivó un poco y fue su hombro el que recibió el impacto.

Era un puñetazo destinado a finalizar la pelea. Aunque no podía compararse ni de lejos con Elkton, Finney poseía una fuerza muscular poco común.

Braffax giró violentamente sobre sus talones, a la vez que empezaba a perder equilibrio, cayendo hacia adelante. Buscó desesperadamente un asidero y lo encontró.

Sus manos asieron los dos postes que sustentaban la hoja fatídica de la guillotina. Uno de los dedos presionó involuntariamente el resorte.

La cuchilla se desprendió. Inició el descenso.

April lanzó un alarido aterrador. Braffax se dio cuenta demasiado tarde de su crítica situación.

Trató de escapar. Había metido también los hombros e inició el retroceso, pero la cortante hoja le alcanzó justo en el centro del cuello.

Algo saltó sobre la tabla y rebotó con lúgubres sonidos. El cuerpo quedó arrodillado, aún con las manos crispadas sobre los maderos, arrojando torrentes de sangre por el cuello limpiamente seccionado por la cuchilla.

Para April fue demasiado. Sus rodillas se doblaron y, cerrando los ojos, empezó a caer.

Finney se apresuró a recogerla en brazos. Boyd se despertaba en aquel momento y vio lo que había sucedido. Acometido por una náusea incontinente, todavía a gatas, empezó a vomitar.

Fuera se oyó la sirena de un coche policial. Finney lanzó una maldición.

—Llegan demasiado tarde —se quejó furiosamente.

—Estaban allí, cubiertos por la cera —dijo Finney al día siguiente—. Las facciones de María Antonieta se semejaban mucho a las de la pobre Lena Carrington. Y el ayudante del verdugo tenía cierto parecido con Gary Wells-Carslake.

—Hay algo que no entiendo —declaró April—. He estado pensando mucho durante toda la noche... Esconder allí los cadáveres de sus víctimas no tenía demasiado sentido.

Es... bueno, no era una capa de cemento muy gruesa, que hubiese podido resistir bien los golpes... La cera se rompió con toda facilidad...

Finney se volvió hacia Rosamunda, que estaba presente en la reunión, junto con Elkton y Carolyn.

—Quizá la doctora Halley pueda explicarnos algo sobre ese asunto —dijo.

—Sí, creo que puedo hacerlo —contestó Rosamunda—. Es una respuesta fácil: embalsamamiento defectuoso.

—¿Cómo? —saltó Finney.

—He hablado brevemente con el forense. A fin de cuentas, tanto Braffax como Rowen eran médicos, pero llevaban años sin ejercer, salvo en asuntos de traumáticos, como heridas de arma de fuego y fracturas óseas. Pero es indudable que el embalsamamiento no era su fuerte. Y si querían esconder los cadáveres, las figuras de cera eran un lugar muy apropiado, pero los cuerpos deberían haber sido embalsamados en toda regla.

Sencillamente, dentro de muy pocas semanas, se habría descubierto todo, sin necesidad de derribar las estatuas para romper la capa de cera.

—¿Por qué? —preguntó Finney.

—Gases orgánicos.

April y Carolyn se taparon la boca al mismo tiempo. Rosamunda movió la cabeza.

—Repugna hablar de estas cosas, pero creo que debemos hacerlo, para superar estos momentos. La descomposición habría provocado una emisión de gases orgánicos, que habrían acabado por reventar la delgada capa de cera que cubría los cadáveres.

—Por fortuna, no fue así —dijo Finney pensativamente—. Pero nos costará mucho olvidar...

Se levantó, fue a la cafetera y llenó una taza. Durante unos

momentos, sólo hubo silencio en la sala.

Carolyn fue la primera en hablar.

—Bueno, ¿y qué había de misterio en el sobre? —preguntó.

—Minerva había sacado fotografías de algunos libros de Braffax. Luego entregó los negativos a su esposo. Pensaban sacarle mucho dinero. En el intervalo, Gary empezó a cortejar a Rosamunda y luego la dejó por Carolyn. Pero Gary sabía que Braffax perseguía los negativos y decidió guardarlos, dejando que creyese que estaban en el sobre de Carolyn cuando, en realidad, los tenía Rosamunda —explicó Finney.

Hizo un movimiento con la cabeza.

—Alguien me dijo que Minerva era una serpiente —añadió—. El calificativo le cuadra a la perfección.

—Pero ahora ya le han arrancado los colmillos venenosos —dijo April.

—Sí, es cierto.

—Pero, en resumidas cuentas, todos iban tras los dichosos negativos. Aunque es preciso admitir que, en las acciones de Minerva, los celos tenían una buena parte. Además, debía mucho dinero a otros apostadores y, según me he enterado, empezaba como profesional. Lo cual significaba la ruina para ella, en todos los sentidos.

De pronto, Rosamunda lanzó una exclamación.

—Estábamos hablando de sobres y había olvidado algo... toma, Carolyn; te pertenece.

Los cien billetes de a mil pasaron a poder de su dueña. Carolyn sonrió tristemente.

—Supongo que ya no me guardas rencor, Rosamunda.

—En absoluto. —La doctora agarró posesivamente la mano de Elkton—. Ya tengo lo que he buscado durante tanto tiempo —añadió, rebotante de satisfacción.

Finney sonrió.

—Le has caído bien, Enano.

—Digamos que hay una atracción mutua —rió Elkton sonoramente.

La tensión se relajó. De pronto, Carolyn puso los billetes en manos de Finney.

—Mi regalo de bodas —exclamó.

—No puedo aceptarlo —contestó el joven.

—¿Por qué? Le haría otro regalo, pero no sé qué puede gustarle más...

—Es que no me voy a casar.

—¡Vaya! —exclamó Carolyn.

—¿Cómo que no te vas a casar? —gritó April—. ¿Acaso te piensas que después de todo lo que hemos pasado juntos voy a dejarte marchar, así, por las buenas?

Finney se volvió hacia su amigo.

—Enano, defiéndeme —rogó.

Elkton se puso en pie, agarró la mano de Rosamunda y tiró de ella hacia la salida.

—Ni lo sueñes. Es un asunto personal tuyo. Arréglatelas como puedas —se despidió.

Carolyn se marchó también.

—April, avísame la fecha de la boda —solicitó.

—Descuida, cariño.

Finney y April quedaron a solas. Ella puso las manos en los costados.

—¿Y bien?

Finney suspiró.

—Si no hay otro remedio...

—No lo hay, Darryl.

—Y si me aceptas por esposo...

—Encantada.

—Y si quieres convertirte en mi «relaciones públicas», además...

—Sobre eso tengo bastante experiencia.

—Y si...

Finney la abrazó.

—Basta de «si» —dijo—. Hay que fijar la fecha de la boda. ¿Cuándo, princesa?

—Mejor mañana que pasado —contestó la muchacha.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.